El Duque de Braganza,

ó

LA REVOLUCION DE PORTUGAL.

EL DUQUE DE BRAGANZA,

ó

LA REVOLUCION DE PORTUGAL.

DRAMA HISTÓRICO-POLÍTICO

EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

D. JOSÉ ANDREW DE COVERT-SPRING.

Representado por primera vez en el teatro de la Cruz el 5 de mayo de 1835.

Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

PERSONAS.

El duque de Braganza.
La duquesa de idem.
La vireina de Portugal.
Doña Luisa de Dolmar, dama de honor de la vireina.
Pinto, secretario del duque de Braganza.
Lopez Osorio, almirante español.
Vasconcelos, secretario de Estado.
El arzobispo de Braga.
Melo. . . . . } *Conspiradores.*
Mendoza. . . } *Conspiradores.*
Almada. . . . } *Conspiradores.*
Alvaro, noble portugués.
Lemos, usurero.
Doña Flora, hija del duque de Braganza.
El capitan Fabricio.
El señor Santonelo.
Don Francisco, oficial de la guardia de la vireina.
Un picador.
Pedro, criado de Pinto, mudo.
Otro criado.
Hombres y mugeres de la corte de la vireina.
Comparsa de conjurados.

713064

La escena en Lisboa y sus inmediaciones.

Este drama es propiedad legitima de su Editor, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima.

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elduquedebraganz00cove_0

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una selva. Las personas estan en trage de caza.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE BRAGANZA. DOÑA LUISA DE DOLMAR.

Lui. Deteneos, señor duque: cuando (*Huyendo.*) cesareis de perseguirme?

Duque. Cuando ceseis de huir de mí.

Lui. Oh! Pues no me alcanzareis.

Duque. Mucho lo temo... quereis que hagamos un trato?

Lui. Nada de eso. No quiero acercarme demasiado á un soberano.

Duque. Pues acaso lo soy yo?

Lui. En palacio se dice que tratais de serlo.

Duque. Mentira!... yo prefiero al cetro de Lisboa, mi ducado de Braganza, y el título de amante vuestro.

Lui. Nunca le obtendreis.

Duque. Y aun os atrevereis á hablar de mi poder! Yo, humilde rival de mi secretario Pinto, que preferís á mí!

Lui. Pinto es un hombre enemigo de intrigas, leal, franco, bueno, que no ama á nadie mas que á mí, no piensa mas que en mí, y en suma, es un hombre tan cabal y perfecto, que no hay mas que pedir. Pero vos, señor duque! vergüenza me da el pensar

en lo que dicen! que alimentais proyectos ambiciosos; que desenterrais, no sé de donde, títulos muy antiguos para haceros rey; que se atiza la discordia en vuestro nombre; que, no contento con ser el favorito de las damas, ni con tener amigos que no os adulan, sacrificais vuestro reposo al frívolo orgullo de empuñar un cetro muy pesado.

Duque. Qué desatinos! No me acuseis de correr en pos de los favores de la fortuna, cuando solo aspiro á los vuestros.

Lui. Silencio! Don Alvaro está ahí.

ESCENA II.

EL DUQUE. DOÑA LUISA DE DOLMAR. DON ALVARO.

Duque. Hola, don Alvaro! Donde estan nuestros cazadores?

Alv. Muy lejos. El bosque está tan lleno de barrancos y de torrentes, que no he podido alcanzarlos.

Lui. Qué locos! Yo no sé por qué no se han venido con nosotros. El conde de Cominas es quien tiene la culpa.

Duque. Qué buena vida llevamos en la quinta de Almada! No tenemos un instante de fastidio. Vivan la independencia y la alegría!

Alv. La nuestra no durará mucho.

Lui. Por qué?

Alv. El duque sale mañana para Madrid.

Duque. Sí, mañana marcho.

Lui. La señora duquesa no habia de despedirse de vos en este sitio?

Duque. La estoy aguardando: la distancia de aqui á la ciudad no es muy larga, y no quiero dar pábulo á las sospechas con mi presencia en Lisboa. Mi prudencia confundirá la malignidad.

Alv. Me alegraría, á fé, que todo lo que os suponen fuese real y verdadero.

Duque. No lo permita Dios!

Alv. En este caso, yo os serviria con mi espada.

Duque. Hombre, no digais eso.

Alv. Cualquiera cosa haria por vos, pues ahí donde me veis, aborrezco de veras á Felipe y á su ministro, y al secretario de Estado, ese iniquo Vasconcelos, su agente en Portugal.

Duque. Silencio!

Alv. Pues yo quiero decirlo á la faz del sol.

Duque. Cuidado con eso! Mirad que os perdeis.

Alv. De veras? (*En voz baja al duque.*) Doña Luisa de Dolmar es de confianza.

Duque. Pero muy ligera.

Lui. Hablad con libertad; aunque estoy en palacio, podeis contar con mi adhesion, ya lo sabeis; pero decidme: va tambien á Madrid la señora duquesa?

Duque. La idea de nuestra separacion, las infamias con que me calumnian, las intrigas de la corte, todo la aflige, en términos que no me atrevo á llevarla á Madrid.

Lui. Ya lo creo, como que Madrid es la tierra de las aventuras, de las sinfonías nocturnas, y todo eso trastorna la cabeza de una muger.

Duque. La mia me ama tiernamente; y bien sabido es que el afecto de las mugeres, las guarda mucho mejor que sus principios. Como su corazon tiene que sostener mas de un ataque, cuando la virtud sola le defiende, no es imposible el hacer brecha: cuando es el amor, la plaza es inespugnable.

Lui. Pues yo, que no quiero amar á nadie, quedo mas espuesta al peligro de sucumbir: no es asi?

Duque. Pinto será vuestra salvaguardia. (*En voz baja á ella.*)

Lui. Qué deciamos de la duquesa?

Duque. Que tiene una aficion particular á la soledad y al estudio, de modo que ahora mismo estaria en sus tierras, sin su amistad por la vireina que la detiene en Lisboa.

Lui. Muger respetable! Solo piensa en su hija y en la lectura, privándose de todos los pasatiempos de su edad y de su clase. Qué diferencia entre ella y yo, que apenas tengo tiempo de pensar ni aun de sentir! Pero me divierto y me rio de todo... Qué teneis, señor duque?

Duque. Yo!... nada... Ah! ahí está (*Distraido.*) Pinto con mi querida hija.

ESCENA III.

EL DUQUE. DOÑA LUISA DE DOLMAR. DON ALVARO. DOÑA FLORA. (*Una dama de honor.*)

Pint. Señor duque, ahí detras viene la señora duquesa; pronto llegará.

Flo. Qué ganas tenia de veros!

Duque. Abrázame, hija mia. Señores, esto es lo que hace mi orgullo y mis delicias. Decidme si todas las vanidades de la tierra pueden compararse con estos placeres que me prodiga la naturaleza.

Flo. Mucho me ha afligido vuestra larga ausencia; y cuando pensaba que iba á cesar, acaban de decirme que vais á hacer un viaje muy largo.

Duque. En eso no te han dicho la verdad, pues volveré pronto.

Flo. Llevadnos con vos, padre mio, no nos separemos.

Duque. No puedo.

Flo. Y decis que amais á vuestra hija?

Duque. Mas que á mi vida.

Flo. Unid vuestros ruegos á los mios. Echadle en cara

su dureza... nos abandona á mi madre, y á mí... En toda la noche no he hecho mas que llorar!

Alv. En efecto: si el rey os llama, por qué quereis dejar á vuestra familia en Lisboa?

Flo. Eso digo yo.

Lui. Vamos, concededle lo que pide, y este viaje ya no será para vos mas que un paseo.

Flo. Doña Luisa tiene muchísima razon.

Pint. A mí me parece que no puede haber inconveniente. Quereis, señor duque, que dé las órdenes necesarias para los preparativos?

Flo. Ay, sí, padre mio, sí.

Duque. Mucho siento no poderos dar gusto.

Pint. Mirad que van á llegar. (*En voz baja al duque.*)

Duque. Hola. Estan prontos los caballos? (*Llamando.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. UN PICADOR.

Pic. Sí señor. (*Al salir.*)

Duque. Pues entonces retiraos, amigos mios. Voy á decir dos palabras á la duquesa, y soy con vosotros. Vos, señora, hacedme el favor de acompañar á Flora; enseñadle las orillas del Tajo y las hermosas selvas del castillo.

Lui. Sabe montar á caballo?

Duque. Oh, no: Flora no sabe unir, como vos, á las gracias y encantos de su sexo, la fuerza y los hábitos del nuestro.

Lui. Bien, pues yo seré su maestra.

Flo. Padre mio, volvereis pronto?

Duque. No tardaré.

Alv. Nos hallareis en la alameda.

Duque. Hasta luego, y divertirse.

ESCENA V.

PINTO. EL DUQUE.

Pint. Van á venir, excelentísimo señor: voy corriendo á recibirlos y acompañarlos, no sea que los vean. Todo va bien. La señora duquesa dirá á V. A. en que altura nos hallamos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE. LA DUQUESA.

Duquesa. Ya es tiempo de resolverse, pues los obstáculos por parte de la corte se aumentan á cada instante. Yo solo he venido para que tomeis una determinacion. Mirad que el almirante Lopez Osorio, enviado de España, piensa llevaros mañana á Madrid... no mas dilaciones: mañana se ha de dar el golpe.

Duque. No soy yo de ese parecer.

Duquesa. Cómo! Qué quereis decir?

Duque. Dejémonos de desvaríos.

Duquesa. Desvaríos llamais á tan nobles proyectos!

Duque. Quereis que me den el nombre de rebelde?

Duquesa. No, sino el de libertador.

Duque. Creedme, señora, no deis á esas cosas nombres tan pomposos, y decidme sin rodeos qué es lo que deseais. Hacerme rey? Pues cuanto mas lo pienso, mas me convenzo de que no soy bueno para semejante oficio.

Duqusa. Qué poco esperaba yo que me habláseis de este modo!

Duque. Pues nunca me cansaré de repetirlo. Vos, señora, os empeñais en no entenderlo, y quereis comprometerme, poniéndome al frente de esa conspiracion infernal.

Duquesa. No os mueven las desgracias de los portugueses?

Duque. Felizmente no soy autor de ellas.

Duquesa. Sereis insensible al celo de los grandes por vuestra causa?

Duque. No os imagineis que los grandes me tengan mas afecto que los otros. Solo quieren valerse de mi nombre como de un apoyo poderoso. El duque de Villareal, ó el marqués de Aveyro, son tan buenos como yo para el objeto de que se trata, y de buena gana abdico en su favor.

Duquesa. Vaya, dejémonos de chanzas... no faltaba mas! En vísperas de dia tan deseado, de una conjuracion pronta á estallar... despues de todo lo que he hecho!...

Duque. Planes mas adelantados que ese se han descompuesto... Yo he mudado de parecer, no hay que cansarse.

Duquesa. Pues cómo?

Duque. Cuando al levantarme vi esta mañana ese hermoso cielo, esos prados, esos campos poblados de pacíficos labradores; á esa risueña juventud llena de vida y de gozo; cuando respiré el aire balsámico de la mañana, y que vuestra imágen añadió un nuevo realce á tanta belleza, mi corazon palpitó de alegría y de dicha. Tan dulces emociones me inspiraron el horror mas profundo á esas malditas tramas, y me estremecí al considerar los peligros de vuestra ambicion!

Duquesa. Pues entonces á qué es reunir los miembros de nuestro consejo secreto?

Duque. Yo no he mandado que se reunan. De pronto, la perspectiva lejana del trono no dejó de halagarme; pero ahora que al parecer no me hallo tan distante, tiemblo pensando en ocuparle, porque nada es mas frágil que un cetro, ni mas resbaladizo que

las gradas que conducen al solio.

Duquesa. Qué ideas tan estrañas!

Duque. Sin duda os parecerán muy innobles, muy vulgares, pero cómo ha de ser? No he podido desprenderme de todas las preocupaciones de la infancia; asi es que temo las divisiones intestinas, tengo muchísimo apego á la tranquilidad, á la virtud, á mi patria y á mi muger; lo mismo que si fuera un pobre tendero de Lisboa. Yo ya veo que para vos, que teneis cabeza despejada y ánimo esforzado, todo esto es despreciable ó muy ridículo. Mas no nos hagamos ilusiones; yo no soy bueno para tales laberintos: de aqui á la ejecucion haria, sin poderlo remediar, una infinidad de disparates, y como uno espone la cabeza...

Duquesa. Y como infaliblemente la arriesgais echándoos á dormir en lugar de obrar...

Duque. Mil dificultades se presentan...

Duquesa. Pues si no hubiera obstáculos, en dónde estaria la gloria de la empresa? Sin embargo, estos no son tan grandes como imaginais. El pueblo está decidido en vuestro favor. La actividad de Pinto dejará burlada la suma vigilancia del secretario de Estado. Todos los partidos estan prontos á unirse contra la tiranía estrangera. Vuestros amigos os obedecen ciegamente, y con una sola palabra de vuestra boca todos correrán á las armas. Mirad que os alucina vuestra indolencia! Os entregais á vuestros enemigos: vais á ser el escarnio de una corte que os adula, y solo trata de perderos. Quién duda que el secretario de Estado Vasconcelos haya fabricado las cadenas que os aguardan en Madrid? Acaso han resuelto vuestra muerte! Elegid, pues, entre reinar ó perecer.

Duque. Pues bien, pereceré si es necesario; pero á lo menos no envolveré en mi ruina á mis amigos, á

RBC

mi esposa, á mi hija. No señora: vuestros temores no son argumentos, y por lo mismo no quiero arrojarme en ese dédalo de intrigas... Qué ganaria yo en ello? Hay acaso hombre mas feliz que yo? Nacido en una clase ilustre, poseyendo provincias enteras, estimado, querido de todos, rodeado de amigos á quienes hago dichosos, mi vida es un encadenamiento de honores adquiridos y goces tranquilos. Qué mas puedo desear? No sería un desatino el trocar mi dulce existencia por el vano título de rey, abriéndome paso por medio de odios, ardides, bajezas, asesinatos, crueles necesidades de los trastornos políticos?

Duquesa. Qué bien recompensados quedarán los portugueses por su confianza en vuestra persona!

Duque. Si he de defenderlos como soldado, estoy pronto; pero en cuanto á ponerme á la cabeza de un partido que me quiere coronar, eso fuera poner mi ambicion particular en lugar del bien de todos.

Duquesa. Y si viendo vuestra obstinacion establecen los conjurados una república en Portugal, por quién os declarareis? por el rey de España, ó por aquella especie de gobierno?

Duque. Por mi patria.

Duquesa. Pues probad que quereis defenderla, dejándoos de oponer á nuestros útiles proyectos. Vamos, Pinto, acabad de decidir á vuestro gefe.

ESCENA VII.

EL DUQUE. LA DUQUESA. PINTO.

Pint. Pues qué, aun dudais?

Duque. No, ya estoy resuelto.

Pint. Asi lo esperaba. La incertidumbre es el tormento de los necios.

Duque. Y toda trama el crímen de la ambicion.

Pint. Nosotros no conspiramos; nos atacan y nos defendemos... Con permiso de V. A.: Pedro! Pedro!

ESCENA VIII.

DICHOS. PEDRO. (*Que sale.*) PINTO. (*Le habla al oido.*)

Duque. Aun no habia visto á ese jóven.

Pint. Es un criado mio, inteligente, celoso, exacto; me paga con fidelidad el cuidado con que le asistí en una enfermedad, de que se ha quedado mudo para siempre, de modo que un servidor tan callado y tan leal será la afrenta de los criados habladores; pero, como ibamos diciendo, es posible que desaprobeis?...

Duque. Todas vuestras diligencias.

Pint. Cómo! Una ingrata desaprobacion será el premio que destinais al celo de vuestros amigos? Mañana se os saluda con el nuevo título, ó se verá caer la cabeza de Pinto.

Duque. Ojalá que ambos perdamos la vida, antes de encender la guerra civil.

Pint. Raras veces hay combate cuando las fuerzas son muy desiguales. Los disturbios de Cataluña han obligado al rey de España á echar mano de las guarniciones que tenia en Portugal. Todos los portugueses arden en generosa indignacion, y una vez sublevados, conocerán que no les queda mas recurso que la victoria para librarse del castigo. Partidarios vuestros mandan las fuerzas navales, guardan las costas y las plazas. Un libramiento de cincuenta mil ducados que mandó el rey para levantar tropas, nos ha servido para fomentar el descontento. Todos os eligen, os nombran, os aman. Tenemos mil recursos, y nada hay que temer.

Duquesa. El duque de Medinasidonia, mi hermano,

gobernador de Andalucía, nos dará, si es menester, dinero, hombres y buques. Todos los príncipes enemigos de la casa de Austria segundarán nuestra empresa; y el mismo cardenal de Richelieu os ha indicado claramente en los negocios de Holanda, que la Francia no se opondrá á vuestro generoso proyecto.

Pint. Nunca se presentará coyuntura mas favorable. El dia está cercano, y nuestros amigos le aguardan con toda la impaciencia que inspira el odio al despotismo.

Duquesa. Mostraos agradecido á tamañas pruebas de adhesion. Los primeros pasos ya estan dados. Despues de haber tramado una conjuracion, no hay mas remedio que llevarla á cabo, para estar seguros de la impunidad.

Duque. No temeis las pesquisas y poder de la inquisicion?

Pint. El santo oficio nos servirá indirectamente.

Duque. La autoridad eclesiástica tiene tanta fuerza!...

Pint. El clero nos apoyará.

Duque. Qué quieres decir?

Pint. Que contamos con muchísimos eclesiásticos de conocida ilustracion y virtudes.

Duque. Los españoles tienen á su favor al arzobispo de Braga.

Pint. Nosotros tenemos al de Lisboa, en cuya casa se han verificado nuestras principales reuniones.

Duque. Él cree que todo está hecho. (*Riyendo.*)

Pint. Paciencia, fuerza y voluntad. (*Con fuerza.*) Con esto se trastorna el mundo.

Duque. Lo que yo estraño mucho es que (*A la duquesa.*) haya podido granjearse la cooperacion de los grandes.

Duquesa. Prometiendo á los de la corte todas las dignidades, y á los de las provincias el restablecimiento de sus fueros.

Pint. En cuanto á los plebeyos que declamaban contra la grandeza, se les han prometido títulos de nobleza.

Duque. Y quiénes son los que han de venir aqui?

Duquesa. Almada, enemigo irreconciliable del secretario de Estado y de la vireina; carácter sombrío, altanero, generoso, independiente; su ardiente amor á la libertades públicas se alimenta con la hiel de su odio á los opresores estrangeros: es invariable y prudente.

Duque. Sí, ya le conozco.

Duquesa. El mayordomo mayor, Melo, personalmente interesado en el engrandecimiento de nuestra casa, intrigante y avaro.

Pint. Vasconcelos, que le tiene mucho miedo, paga dos ó tres mil ducados á un espía encargado de informarle de cuanto dice; cuenta erradísima, pues con la mitad de ese dinero que le hubiese dado á él mismo, le hubiera hecho callar. Vuestras liberalidades le han hecho nuestro.

Duque. Asi, pues, me arruinais con gastos que no servirán de nada...

Pint. Señor duque, los partidos se venden y compran. Los mejores son los mas caros.

Duque. Y no habeis contado con Mendoza?

Duquesa. Sí; un carácter ambicioso, intrigante, díscolo, revoltoso, propio para las revoluciones; despreocupado y sin freno, siempre enemigo del poder que gobierna, para fundar el suyo en las ruinas de los demas.

Duque. Y el cuarto?

Pint. El secretario íntimo de V. A., que nada ambiciona en todo esto, que prefiere la virtud al oro, y la gloria á...

Duque. A la virtud?

Pint. No digo tal; pero qué es la vida sin gloria?

Duque. Válgame Dios! Y qué ganarás con envejecer antes de tiempo, y consumirte en trabajos?

Pint. Qué importa, si logro que mi nombre dure mas que yo?

Duque. No me dijiste que contabas con el capitan Fabricio?

Pint. Tambien le espero aqui con el señor Santonelo.

Duque. Qué tal es ese capitan?

Pint. Una máquina de guerra: hombre de ejecucion, nada propio para los consejos, instruido en su arte, y sin ningun talento para todo lo demas; pero con un corazon de hierro en los combates, espera y da la muerte con igual frialdad. Un gefe tan determinado á la cabeza de algunos soldados, basta para trastornar á Lisboa. Pronto le vereis.

Duque. No, no quiero comparecer delante de ellos: no me arrancarán el consentimiento.

Duquesa. No os podeis negar á ello.

Duque. Nunca les di motivos para que contasen conmigo.

Pint. Vive Dios! Señor excelentísimo, si mis amigos y yo sucumbimos, pereceremos solos; pero si triunfamos...

Duque. Qué hareis? (*Irritado.*)

Pint. Proclamaros á pesar vuestro.

Duque. Vamos, Pinto, tú deliras... ó quizá mi debilidad me habrá hecho caer en vuestros lazos, y perderé la amable dulzura, las delicias de una vida risueña y apacible.

Pint. Eh, señor! Las agitaciones de la vida doméstica no son inferiores á las de la vida pública que os preparamos, y tienen menos compensaciones. Ahí viene el capitan.

Duque. Pues os dejo, y yo mismo volveré á dar las gracias á vuestros amigos asi que esten reunidos.

Duquesa. Ánimo, Pinto: el duque (*En voz baja*) ce-

derá pronto á nuestros ruegos. Le sigo, y espero decidirle.

ESCENA IX.

PINTO. EL CAPITAN FABRICIO.

Pint. Señor capitan, no habeis encontrado?...
Fab. A nadie. Parece que estan cazando por allá abajo, segun la algazara de perros y cornetas.
Pint. El duque ha de venir á manifestaros su gratitud.
Fab. Para qué? Como buen portugues no hago mas que mi deber. Ya es tiempo de zurrar la badana á los usurpadores de la independencia portuguesa; y esto será mas bien una diversion para mí, que un servicio hecho al duque.
Pint. Y decid, señor capitan, habeis pensado en los accidentes que pueden ocurrir? Supongamos que un lazo se rompe de repente; podremos hacer al instante otro nudo? Si la guardia de palacio resiste?...
Fab. Morirá.
Pint. Y si el gobernador de la ciudadela se defiende?
Fab. Le ahorcamos.
Pint. Si los oficiales se niegan á ponerse al frente de las tropas?...
Fab. No puede ser.
Pint. Los grandes de España y los partidarios de la vireina se defenderán...
Fab. Mal.
Pint. Qué pensais de las disposiciones del pueblo?
Fab. Que todo saldrá á pedir de boca.
Pint. Y si ganan algunos furibundos á peso de oro?
Fab. Fuego!
Pint. Corriente: vengan esos cinco: nada hay que temer... hola! ahí vienen ya nuestros amigos.

ESCENA X.

DICHOS. SANTONELO. ALMADA. MELO. MENDOZA.

Pint. Vosotros tendreis sin duda mas imperio que yo sobre el duque, quien muestra mas repugnancia que nunca en prestarse á nuestros deseos, y de nada han servido hasta ahora las mejores razones.

Alm. Pues entonces no es el gefe que necesitamos. Cómo! Las injusticias, las atrocidades cometidas con los portugueses, su indignacion contra nuestros enemigos, la ruina de Lisboa causada por la traslacion del comercio de las Indias á Cadiz, los furores del conde-duque de Olivares y de los gefes del Estado vendidos á la vireina, el decreto del rey Felipe que traslada á Cataluña la flor de las familias mas nobles para destruirlas por medio de la guerra ó la miseria, nuestras tierras entregadas á colonias estrangeras, tantos y tan poderosos motivos no bastan á sacarle dè su inercia? Vuelvo á repetirlo; no es este el gefe que buscamos.

Mel. Tiene razon.

Men. Ya se ve que la tiene.

Fab. Lo mismo digo yo.

Pint. No nos precipitemos, señores: tan pronto olvidais lo que hemos hecho de un mes á esta parte? Ya no se trata de buscar y escoger: vamos á lo que importa, y seamos independientes.

Alm. Lo soy y lo seré, pues me siento con un valor que no abatirán ni el temor, ni los calabozos, ni el hierro ni el fuego.

Fab. Este brazo hará temblar á Castilla!

Sant. Pues yo no me quedaré atras.

Men. Yo creo que nuestra liga necesitaria el socorro de algun aliado.

Alm. Quita allá. Llamar á las bayonetas estrangeras

para terminar nuestras contiendas domésticas, sería dar á entender que no teniamos por nosotros ni la justicia ni el apoyo de la voluntad nacional.

Pint. Tiene razon Almada: no imitemos á aquellos fanfarrones que se insultan y hacen luego reñir á sus padrinos. La patria no debe tener mas defensores que sus hijos!

Mel. El interes sacará de su apatía á los mas débiles: las altas promesas que he hecho en nombre del duque...

Pint. Yo respondo de su cumplimiento.

Men. Mis agentes han visitado los arrabales, el puerto, las tabernas: los marineros y jornaleros estan por nosotros.

Pint. Vino y licores para calentar las cabezas, canciones para exaltar los ánimos, folletos para irritar el orgullo nacional, oradores ardientes para decidir á los dudosos, reyertas diestramente suscitadas para formar grupos, algunas mentiras para los papamoscas, y sobre todo, muchos papeles prohibidos para aumentar el desórden.

Men. Yo respondo de la sublevacion á la hora que se quiera. Todo el mundo está contra Vasconcelos.

Alm. El infame es tanto mas culpable, cuanto que siendo portugués sirve de instrumento a las crueldades de Felipe.

Mel. Qué haremos de él?

Men. Ayer se resolvió.

Mel. Qué?

Fab. Degollarle.

Sant. Y ese arzobispo de Braga que tanto daño causa?

Alm. Con él no va nada: nuestro proyecto no es una guerra de religion, y por lo mismo debemos respetar á sus ministros. Ademas, deshonraremos nuestra causa multiplicando las víctimas? Incurriremos en la barbarie que queremos castigar?

Mel. Y si subleva al clero?

Fab. Si se refugia en la ciudadela?

Alm. Respondo de él con mi cabeza; y si no se le respeta, no hay que contar conmigo.

Fab. Quereis creerme, Pinto? (*Aparte á Pinto.*) Ese hombre titubea... nos delatará... no sería bueno poner remedio á tiempo?

Pint. De quién hablais? de Almada?

Fab. A mí me parece sospechoso.

Pint. Seguro como vuestra espada. (*Aparte á Fabricio.*) No hay duda que debemos (*En alta voz.*) respetar al prelado aunque no nos sea favorable. Por lo demas permanezcamos unidos, y hagamos todos los esfuerzos imaginables para obligar al duque á ponerse á nuestra cabeza.

Mel. Calle! no es él?

Men. El mismo.

ESCENA XI.

DICHOS. EL DUQUE.

Duque. A Dios, señores. Buenos dias, Almada. Cómo va, Melo? Y vos, Mendoza? Capitan, me han hablado de vos como de un oficial muy valiente. Y vos, Santonelo, qué decis de estos sotos? Sereis de los nuestros, Almada, para la cacería de esta tarde?... Pinto, doña Luisa de Dolmar os buscaba.

Pint. Estos señores vienen á saber (*De mal humor.*) cuales son las intenciones de V. A.

Alm. No pueden ser dudosas; pues si S. A. no correspondiese como debe al amor que los portugueses le profesan, mereceria la execracion eterna de su pais, y sería indigno de su ilustre linage.

Men. Todas las medidas estan tomadas, y solo falta la autorizacion de V. A.

Duque. Mucho me conmueven tales pruebas de lealtad y adhesion; pero la situacion crítica en que me encuentro...

Alm. Os obliga á condescender.

Duque. Los peligros á que os esponeis...

Men. Se realizan si nos abandonais.

Duque. Vuestra lealtad...

Mel. Os responde del buen éxito.

Duque. Vuestra perdicion...

Pint. Es imposible, si os poneis á la cabeza de vuestros amigos.

Duque. Por Dios! Dignaos oirme, y no me obligueis á avergonzarme de mí mismo. No, el duque de Braganza no es indigno de la confianza pública... pero ese arzobispo de Lisboa, tantos amigos espuestos por mi causa... me estremezco solo al pensarlo! Nunca me consolaria de haber abierto un abismo debajo de vuestros pies... Si el gobierno ha resuelto mi muerte, la prefiero al horror de perder á mis mas fieles defensores. (*Les da la mano á todos.*) Dejadme, amigos mios; vuestros derechos á mi reconocimiento estan grabados aqui, en el fondo de mi corazon... Gracias, querido Melo, por el interes que os inspira la gloria de mi casa... Almada, vuestra estimacion me honra mucho... Permitid que me retire. Dar oidos á vuestras súplicas, sería precipitaros en esa empresa, y solo puedo aseguraros que no hay aldeano que arriesgase mas gustoso por vosotros su choza, que yo mi fortuna y mi vida.

Alm. Y nosotros nos alegramos infinito de haber espuesto nuestros bienes y personas por vuestra gloria, porque no hay que engañarse, el único medio de librarnos de la suerte que nos espera, es salir bien con nuestra empresa.

Duque. Eso ya es otra cosa; si estais comprometidos, ya no examino nada. Deliberar ó dudar cuando nues-

tros amigos estan en peligro, es ingratitud y cobardía. Contad conmigo. (*Vase.*)

Pint. Basta, señor excelentísimo: nuestro es.

ESCENA XII.

PINTO. EL CAPITAN. SANTONELO. ALMADA. MENDOZA.

Alm. Volvámonos á Lisboa para comunicar su respuesta á la junta.

Pint. No contemos con él para sublevar la provincia de Alentejo, y vamos á redactar las proclamas. Enviemos correos á todas partes, y que el golpe dado en Lisboa resuene en todo Portugal. Pediré al duque una carta para el almirante español, con el objeto de retardar un par de dias el consabido viaje á Madrid, pues siempre es bueno ganar tiempo.

Mel. No temeis que sospechen...

Pint. Nada: se le espera en Madrid; su casa está preparada, sus criados ya marcharon, y de consiguiente nadie sospecha la mas mínima cosa... Santonelo, cree Vasconcelos al pie de la letra las noticias que le dais acerca de nosotros?

Sant. De nada duda. Qué lejos está él de figurarse!...

Pint. Que os paga para engañarle. Separémonos, y vámonos por caminos diferentes.

Alm. A Dios.

Todos. A Dios.

Pint. Hasta la noche... voy á acompañar á Lisboa á la duquesa, y haré que el duque se vuelva á la Quinta... vos, por el bosque... vos, por la aldea... vos, con una escopeta cazando pájaros. Pasad el Tajo unos despues de otros, y sobre todo buen humor y sonrisa en los labios. Cuidado con poner ceño de conspiradores!

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon del palacio de la vireina en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

EL ARZOBISPO DE BRAGA. LA VIREINA. EL ALMIRANTE LOPEZ OSORIO.

Vir. Oh! no hay duda: la exorbitante autoridad de Vasconcelos reduce la mia á la nulidad, y esto no puede durar asi.

Lop. Señora, la intencion del rey (*Sonriéndose.*) no fué poneros bajo su dependencia, como creeis. Espondré vuestras quejas al conde-duque de Olivares.

Arz. Todo eso no vale nada: el gobierno dirige las órdenes á V. A., y V. A. las hace ejecutar despues de ponerles el sello de sus armas: no creo que se necesite mas.

Lop. Algun mal intencionado trata de introducir cizañas entre V. A. y el secretario de Estado. Esas rivalidades en el ejercicio del poder supremo no deben ni pueden existir.

Vir. Asi será; mas por ahora no quedo convencida... hablemos de otra cosa. Ya sabreis que los proyectos del duque de Braganza empiezan á dar mucho cuidado. Corren ciertos rumores precursores de sucesos muy siniestros.

Arz. Disparates!

Lop. Ya sabeis, señora, que Vasconcelos tiene ojos perspicaces.

Vir. Los proyectos del duque (*Al arzobispo.*) le asustaban tanto, que el almirante habia recibido la orden de atraerle á su bordo cuando visitó los puertos, y asegurarse de su persona.

Arz. Ese sí que era golpe!

Lop. Mucha repugnancia tenia yo en ejecutarlo; felizmente varios obstáculos se opusieron á este plan, y prefiero lo que se ha dispuesto: llevarle amigablemente á Madrid. Por el camino le observaré de cerca, veré cual es su carácter, y tal vez descubriré sus intenciones: mañana salimos.

Arz. No le habeis visto todavía?

Lop. Nunca.

Vir. Y no le habeis encontrado en ninguna parte?

Lop. En ninguna parte.

Vir. Y á su muger? (*Sonriéndose.*)

Lop. Con mucha frecuencia, desde que V. A. me presentó á ella.

Vir. Qué tal os parece?

Lop. Muy linda.

Vir. Sí, tiene los ojos bastante negros, y si tuviera otro color...

Lop. Es tan jóven!...

Vir. Sí, bastante jóven. Voy conociendo que os gusta demasiado para hablaros mas de ella.

Lop. Yo, señora!... Muy digno de lástima sería!... Teniendo que salir dentro de veinte y cuatro horas...

Vir. Señor almirante, vos amais á la duquesa, objeto de todas vuestras atenciones y de todas las visitas que haceis. Yo no dudo que os compadece, que se admira de prestaros oidos, que se avergüenza de olvidarse de sus rigores... con todo, os dice adónde tiene intencion de ir; y para qué? para pediros que no vayais, ó que no hableis mas de vuestro amor;

vanas prohiciones que son verdaderos compromisos, que una muger no tarda en sellar con lazos mas estrechos, ó que no rompe sin algun menoscabo de su pudor.

Lop. No señora, no; y si tengo de decirlo, la severidad con que me trata la duquesa me atrae mucho mas que todas las gracias de su persona. Ya estaba cansado de un comercio infiel de frias galanterías, de falsedades recíprocas, de vanas protestas, cuando encontré á la duquesa. Su aire noble, su sencillez, que todo el mundo alaba, me conmovieron en estremo. Dulce embeleso de la virtud! A su sombra las mugeres son mucho mas hermosas, y tienen mas gracias y atractivos. Con ellas triunfan de dos modos, se atraen el amor de los corazones sinceros, al mismo tiempo que sellan los labios de sus apasionados.

Vir. Y vuestra modestia os coloca entre los últimos!

Lop. Ah señora! En otro tiempo fuí tan sincero como sensible; pero me han engañado tantas veces... que he tenido que reprimir mis inclinaciones naturales.

ESCENA II.

DICHOS. DOÑA LUISA DE DOLMAR.

Vir. De dónde venís, querida?

Lui. De cazar en los alrededores de Almada. Hemos corrido tanto que estoy rendida. Tomad, señor almirante, el duque de Braganza me ha dado esta carta para vos.

Vir. Leedla.

Lop. Me anuncia una dilacion de dos ó tres dias, y pregunta si las órdenes dejan á mi arbitrio...

Vir. No señor, no; responded que no.

Lop. Si asi lo disponeis, señora...

Vir. Si lo digo yo! Alguna intriga hay en eso.

Arz. No lo crea V. A.; eso no puede ser. V. A. ya me conoce, mis bienes y mi vida son vuestros, disponed de ellos; pero creed que os equivocais. Reflexionadlo bien... los derechos de España... una usurpacion consolidada... pronto hará un siglo... pensadlo bien... desde Felipe II... muchas tropas y ministros hábiles... qué podria hacer el señor duque?... se perderia, se deshonraria... vamos, eso no puede ser.

Lui. Pues acaso el duque piensa en nada de eso? Yo os juro que no. Si V. A. hubiese podido verle como yo, cazando en el soto, y riyendo como un loco... él no piensa mas que en divertirse, y solo persigue á los ciervos ó á las mugeres.

Lop. El duque ha mandado ejércitos, señora, y tambien sabe perseguir al enemigo.

ESCENA III.

LA VIREINA. EL ARZOBISPO. EL ALMIRANTE. LOPEZ OSORIO. DOÑA LUISA DE DOLMAR. PINTO.

Pint. Señora, la duquesa de Braganza me ha encargado entregue á V. A. estos pliegos.

Vir. Venid, almirante, que quiero hablar á Vasconcelos.

ESCENA IV.

PINTO. DOÑA LUISA DE DOLMAR.

Lui. Os vais sin decirme nada?... vaya que estais muy galan!...

Pint. Dejemos esas puerilidades para los que no pueden amarse.

Lui. Un amor recíproco, quita acaso el placer de manifestarlo?

Pint. Sí, pues basta con sentirle; y ese sentimiento abrevia los discursos.

Lui. Y autoriza á despedirse á la francesa?

Pint. Sí, cuando se teme la vista de mil importunos en un salon abierto á todo el mundo, en que la indiscrecion de un gesto nos espone á mil peligros.

Lui. Cuando se tienen mil negocios entre manos...

Pint. El de agradaros es para mí el primero de todos, y no tengo otro.

Lui. Pues entonces, cuál es la causa de vuestro mal humor?

Pint. La felicidad no está exenta de melancolía.

Lui. La vuestra no os hace ningun favor, pues de algunos dias á esta parte estais fastidiosísimo.

Pint. Quereis que me ria sin motivo, como los que nada tienen en el corazon?

Lui. No; pero no esteis tan misántropo: ya sabeis que soy muy frívola, y que no quiero un marido filósofo.

Pint. Sin embargo, se necesita serlo para hacer cara al matrimonio.

Lui. Siempre los mismos insultos contra las mugeres.

Pint. No es estraño, si ellas siempre son las mismas.

Lui. Sois un atrevido, y os detesto con toda mi alma.

Pint. Pues vengaos.

Lui. Cómo?

Pint. Dándome pronto vuestra mano.

Lui. Me insultais? Pues sereis mi marido. A Dios: voy á ver si la vireina quiere algo... ademas, temo que nos encuentren juntos.

ESCENA V.

PINTO.

Qué cosas tan insoportables son esos insulsos requiebros para un hombre lleno de cuidados y oprimido con el peso de intereses tan delicados! Veamos ahora lo que he de hacer... fingir ociosidad para no dar que sospechar... Fatal prevencion del temor! Cada palabra, cada gesto de los que se me acercan me hace estremecer, como si todos pudiesen ver mi corazon; y encuentro mil necios que no piensan en nada, y cuyas miradas me asesinan. Tengo que verlo todo sin mirar, acariciar á los que aborrezco, perder un tiempo precioso, hablar y estar alegre cuando una serpiente me devora el alma. Cuánto tarda el dia!... cada hora que da resuena aqui. (*Se pone la mano en el corazon.*) Valor! valor!... estas palpitaciones que me ahogan, son las de una alegría anticipada. O Pinto Ribeiro! Sé la gloria de tu nombre; vela, trabaja, consúmete, muere si es menester, y da la libertad á tu patria. El golpe se dará, los viles resortes desaparecerán, y dentro de uno ó dos siglos, Pinto será colocado entre los grandes hombres. Por qué? por haber dirigido un imperio, como la casa de su amo. Alguien viene... finjamos... hola! es nuestro usurero.

ESCENA VI.

PINTO. LEMOS.

Pint. Venís de hablar con el secretario de Estado?

Lem. Sí, acabamos de tratar un gran negocio de comercio, y por eso os he citado para hablaros de paso en esta galería: en qué puedo serviros?

Pint. No se trata de mí, querido Lemos. Un gran personage os honra con su confianza, y me ha mandado os hable de un asunto muy interesante.

Lem. Y quién es ese personage?

Pint. El señor don Juan, duque de (*En voz baja.*) Braganza, generalísimo de los ejércitos del rey de España.

Lem. Oh! (*Sorprendido y lisonjeado.*)

Pint. Juradme el mayor secreto, (*Con misterio.*) y os diré en confianza que mañana sale para Madrid con el almirante.

Lem. Sí, no se habla de otra cosa en la ciudad.

Pint. Ya; pero los que lo dicen no lo saben de cierto, como lo sé yo, que soy secretario íntimo de S. A.

Lem. Sin duda, hay mucha diferencia.

Pint. Tambien voy á confiaros la causa secreta del viaje. Se le llama á la corte por órden del rey Felipe.

Lem. Pues tambien sabia yo esa noticia política.

Pint. Que sacan por congeturas; pero nadie la sabe de positivo, como vos en este momento, á quien se la digo de parte del mismo duque: qué tal?

Lem. Ya se ve que es muy diferente.

Pint. Otra circunstancia que ignorais, y que hasta el dia ha retardado su viaje, es que no se halla con dinero.

Lem. Tambien me han dicho todo eso.

Pint. En qué se fundan? A nadie ha pedido prestado.

Lem. Eso no lo he oido decir.

Pint. Ya veis como mienten, pues él no ha revelado este secreto á nadie, sino á mí, que os lo confio.

Lem. Mil gracias, señor Pinto, por la confianza que os merezco.

Pint. Cuidado con decir una palabra. "Pinto, me dijo el duque, el rey de España me llama, y ya sabes que mi tesoro se halla apurado: busca á Lemos, el

mas rico, mas considerable y mas honrado comerciante de Lisboa, hombre de muchísima probidad, que tiene un crédito inmenso..."

Lem. Todo eso ha dicho?

Pint. Al pie de la letra. "Ve á buscarle, háblale sin rodeos, y proponle un empréstito para mi casa de treinta mil ducados, con el interes moderado que exija."

Lem. Pues señor, lo siento infinito, pero me hallo apuradísimo, y no...

Pint. Hombre!

Lem. La casa de Corea, mi asociado, y la mia, se hallan á la cabeza de una infinidad de fábricas, debemos mucho, y esta mañana misma hemos de pagar, ó despedir á los jornaleros.

Pint. Pues despedirlos.

Lem. Y si se sublevan contra nosotros?

Pint. Nada de eso: declarad francamente á los jornaleros que suspendeis sus trabajos por dos meses por falta de fondos: que las contribuciones exorbitantes impuestas por los castellanos, os ponen en ese apuro, y entonces no se indignarán contra vosotros, sino contra el secretario de Estado y los estrangeros.

Lem. Hombre! teneis razon.

Pint. Id al momento á tomar esa hábil medida, y contadme sin pérdida de tiempo los treinta mil ducados.

Lem. A qué interes?

Pint. Lo dejo á vuestra conciencia. Traed el dinero, que en cuanto á lo demas el tesorero pasará por todo.

Lem. Si los jornaleros se amotinasen contra Vasconcelos y alborataseñ la ciudad?...

Pin. Como que dispone de la fuerza, él sabrá apaciguarlos. Qué os importa que las hayan con el ministro?

Lem. Nada absolutamente: voy á despedirlos, y luego me avistaré con el tesorero del príncipe.

Pint. Bien se conoce que sois el primer comerciante de Europa, y no menos hábil que complaciente. A Dios, querido Lemos.

Lem. Servidor vuestro. En caja tendré unos diez mil ducados en metálico, mi asociado unos veinte mil, no necesitamos mas. La casa de Lemos y Corea tiene á mucho honor el servir á la de Braganza.

ESCENA VII.

VASCONCELOS. PINTO.

Vas. Tratais con el (*Despues de saludar á Santonelo, que se despide de él.*) comerciante Lemos, señor Pinto?

Pint. Sí señor, sobre un préstamo para el duque de Braganza, que está de marcha. Y vos, señor secretario de Estado, dábais oidos á las delaciones de ese vil Santonelo?

Vas. Veo que le temeis, porque aborrece á vuestro amo.

Pint. Y vos le amais, sin duda, porque nos espía.

Vas. (Procuremos sondearle.) Qué motivos he dado para (*A Pinto.*) que se me hagan esos cargos contra el duque? No tengo obligacion de ejercer una activa vigilancia en los negocios del Estado? Ya veo, señor Pinto, que mi justa severidad me atrae el resentimiento de todos. Los portugueses no se hacen cargo de las dificultades que me rodean, ni aprecian como deben mis cuidados por la conservacion de su reposo.

Pint. De su letargo, quereis decir.

Vas. Mis desvelos para alistar, vestir y dar de comer á las tropas.

Pint. Que sirven para defenderos.

Vas. En arreglar la real hacienda.

Pint. Para vuestros gastos secretos.

Vas. En contener á los grandes.

Pint. Para hacer callar á los pequeños.

Vas. Señor Pinto, tened mas respeto...

Pint. Al secretario de un gobierno? yo lo soy de un príncipe, y este título es mi garantía.

Vas. Vamos, dejémonos de pequeñeces y hablemos de otra cosa. Cómo ha correspondido el duque á los favores con que le han colmado el rey nuestro señor y su ministro Olivares? El lustre de su cuna le impone mucha circunspeccion; gefe de una familia...

Pint. Acaso tiene él la culpa (*Con amabilidad.*) sino nació oscuro y pobre como nosotros?

Vas. No divaguemos... primeramente se le habia ofrecido el gobierno de Milan, y luego el mando en gefe de la armada. Cómo ha correspondido á estas nuevas pruebas de alto aprecio?

Pint. Ejecutando las órdenes que habia recibido.

Vas. Rodeado siempre de una numerosa comitiva, como si hubiese querido proteger su persona.

Pint. Su gusto es llevar siempre á muchos amigos á su lado.

Vas. Acaso teme algo?

Pint. Tan lejos está de eso, que va á Madrid sin la menor desconfianza.

Vas. Vais con él?

Pint. Qué falta hago yo en Madrid?

Vas. Y en Lisboa?

Pint. En Lisboa debo cuidar de sus intereses.

Vas. Puede ser que sí. Cuidado, señor Pinto! Mirad que me han asegurado que andais en tramas de conspiracion!... La horca espera á los tontos que se dejen engañar.

Pint. Colgado me vea yo, si tal me sucede. Cáspita! No juguemos, que la cosa va de veras.

ESCENA VIII.

LA VIREINA. LA DUQUESA DE BRAGANZA. VASCONCELOS. PINTO.

(*Durante esta escena, Vasconcelos examina varios papeles.*)

Vir. Me han dicho que la duquesa acababa de entrar... Ah! ya la veo... cuanto me alegro de!...

Duquesa. Muchas razones, señora, me han privado hasta ahora del favor que me dispensais.

Vir. A la verdad, yo creía que estábais decidida á huir de mí.

Duquesa. Si mis gustos solitarios pudieran alguna vez hacerme olvidar mis deberes para con V. A., bien pronto sus bondades me los recordarian.

Vir. No debiais dudar de la satisfaccion que me causan vuestras visitas.

Duquesa. El recelo de que llegasen á ser importunas, las ha hecho menos frecuentes.

Vir. Los que os inspiraron ese temor os engañaron.

Duquesa. Se levantan tantas calumnias acerca de las intenciones de mi esposo, que no hubiera murmurado contra esta nueva injusticia.

Vir. Basta, señora: mi amistad tomó vuestra defensa al oir ciertas noticias absurdas que no debieran haber llegado hasta mí. Nada alterará en adelante la union que ha de existir entre nosotros. No nos separemos mas, y véasenos siempre juntas en el campo y en la ciudad. Perdonadme una tibieza de que bien castigada me deja vuestra ausencia, y en prueba de nuestra sincera reconciliacion dadme un beso.

Duquesa. Con toda mi alma.

Vir. Quiero haceros olvidar lo pasado, siendo en ade-

lante vuestra mejor amiga: lo entendeis? Decid en mi nombre al duque que siento mucho nos deje tan pronto, y que me alegraré tenga un feliz viaje.

Duquesa. Lo agradecerá infinito, señora.

Vir. A ningun vasallo de S. M. aprecio tanto como á él.

Duquesa. Ni nadie os respeta mas.

Vir. Me esperan para asuntos muy urgentes: permitid que me retire.

Duquesa. Demasiado abusé ya de vuestra bondad.

Vir. Dadme un abrazo.

Duquesa. Ah señora! (*Se abrazan.*)

Vir. Vasconcelos, no perdais de vista á la duquesa. (*Aparte al irse.*)

Duquesa. Aseguraos sobre todo de la vireina. (*Aparte á Pinto.*)

ESCENA IX.

LA DUQUESA. PINTO.

Pint. Perded cuidado, señora; las cosas navegan viento en popa. El usurero es nuestro: acabo de cerrar con él un negocio que me promete doble resultado, dinero para los leales, y la sublevacion de un buen número de trabajadores. Nuestras gentes estan en camino... dos sugetos de toda confianza observarán á los que entren y salgan en todo el dia; y con el objeto de alejar á vuestras camaristas, he dispuesto un baile en mi casa para esta noche... el ministro me ha hablado, y nada sospecha... yo le he respondido con mucha imprudencia.

Duquesa. Por qué?

Pint. Porque mi demasiada discrecion le hubiera dado en que pensar. El golpe se dará esta noche; pero por si se ofreciere algun obstáculo... y de todos modos no sería malo consiguieseis del almirante alguna dilacion en el viaje.

Duquesa. De qué modo?

Pint. Cualquiera otra muger tendria menos escrúpulos. Basta con una mirada, señora, y no querreis perder una causa que tan facilmente podeis ganar.

ESCENA X.

LA DUQUESA.

Qué me aconseja?... Una ficcion en que tanto ha de padecer mi decoro!... mucho me cuesta prestarme á ella!... mas conviene impedir que se lleven á mi esposo... y su propio interes y el del Estado disculparán mis artificios.

ESCENA XI.

LA DUQUESA. LOPEZ OSORIO.

Lop. Señora... los últimos instantes en que puedo veros me serian preciosísimos, si no tuviese que emplearlos en tratar de asuntos que os han de afligir.

Duquesa. Habeis recibido una carta del duque?

Lop. Me pide alguna dilacion en el viaje; pero ya anuncié á la corte por el correo de esta mañana el dia fijo de nuestra salida.

Duquesa. Qué son dos ó tres dias?

Lop. La impaciencia de la corte, mis propios asuntos me prescriben la mayor prontitud, y no me atrevo...

Duquesa. A darme este gusto?

Lop. Ah señora!... si la vireina no acabase de mandarme que apresure todo lo posible los preparativos del viaje...

Duquesa. Os lo mandaria antes de haberme visto. Algunas prevenciones injustas que mi presencia ha des-

vanecido, dictaron esa orden, que revocará sin la menor dificultad.

Lop. Si ella me autoriza...

Duquesa. Juzgo cual será la deuda de mi reconocimiento para con ella, por lo que os cuesta el serme favorable.

Lop. Dudais, señora, del apuro en que me poneis? Fluctuando entre el ardiente deseo de serviros, y la necesidad de cumplir con órdenes severas...

Duquesa. Sin embargo, sino me engaño, me parece que ni siquiera habeis tenido que vencer la menor irresolucion.

Lop. No lo oculto: para agradaros hubiera desobedecido á la vireina, á la corte, al ministerio; mas vuestros desdenes me han decidido, y no tengo mas recurso que cumplir con mi deber.

Duquesa. Muy laudable es el último motivo; pero permitid que considere los demas que insinuais como un artificio para negaros á lo que aun pudiera pediros.

Lop. Luego atribuis á vil manejo de cortesano la espresion de dolor tan verdadero?

Duquesa. Al veros tan afanoso por... por salir de Lisboa.

Lop. Y quién pudiera detenerme? Desde mi llegada no he dejado de manifestar los sentimientos que me habeis inspirado; y qué he logrado con tantas atenciones y sacrificios? Convencerme de que sois superior á todas las mugeres, ó que yo soy á vuestros ojos el último de los hombres. Preparado con vuestros rigores al tormento de no volveros á ver, ya nada puede disminuir mi valor. Mañana, si el duque no se pone en camino, marcho solo á la corte.

Duquesa. Ya lo estais viendo: no tenia yo razon en decir que mis súplicas eran impotentes para con vos? no me condenais con habilidad al silencio? ó mas

bien, no debo creer que, cansado de fingir amor, precipitais con gusto la ocasion de libraros de una constancia que os pesa? qué lejos estaba yo de imaginar que mi bondad en escucharos fuese una prueba de desden!

Lop. Cruel poder de una sola palabra de vuestros labios! Ah! vos trastornais mis ideas... pero no; las opiniones que se me atribuyen... esa detestable comision de acompañar al duque á España... todo os obliga á aborrecerme.

Duquesa. Todo me aflige: vos menos que nadie deberiais ser el instrumento de mis penas.

Lop. Qué oigo!... Ah! Debo espiar la desgracia de ser causa de vuestras penas: miradme espuesto á vuestra venganza!... ejercedla, tiranizadme, podeis hacedlo... la muerte sola romperá los lazos que me encadenan á vuestros pies.

Duquesa. Levantaos, por Dios, levantaos... qué puedo responderos? Mis deberes me prohiben escucharos... los vuestros os llevan lejos de Lisboa: acaso mañana...

Lop. No, no señora. No acabais de prohibirlo? Vuestra voluntad es mi suprema ley.

Duquesa. Mañana, sí; pero dentro de pocos dias...

Lop. Qué debo hacer?

Duquesa. Emprender vuestro viaje.

Lop. Señora, me desesperais... y por qué me llamais autor de vuestras penas? quién os obliga á separaros del duque? Venid á Madrid á participar de los honores que le esperan, á hermosear nuestras fiestas, á eclipsar á todas las bellezas de la corte.

Duquesa. Tal era mi intencion; pero un viaje tan precipitado, varias dificultades que tengo que vencer... vos no podreis esperar!...

Lop. Esperaré, no lo dudeis, si me dais palabra de venir con nosotros.

Duquesa. No pensemos mas en ello... ya veo que no es posible... lo confieso, mucho gusto hubiera tenido en ir á Madrid con... con el duque de Braganza.

Lop. Ah! Disponed de mí, señora; escribiré, me quedaré... no marcharé sin vos, aun cuando debiera pagar con mi cabeza esta prueba de amor.

Duquesa. Qué oigo! Ah! desechad, por Dios, esperanzas que no puedo daros, y terminemos esta peligrosa conversacion.

ESCENA XII.

LOPEZ.

Qué turbacion! qué discursos interrumpidos! qué prontitud en huir de mi!... No, no es demasiada presuncion el interpretarlo á mi favor: no ha temido confesar el imperio que ejerzo sobre ella, lo declara... es mia!... nunca probó mi corazon una emocion mas viva!... el lenguaje de la ficcion moria á mi pesar en mis labios... queria seducir, y yo era el seducido... sus ojos atraian el fuego de los mios, ya no la engañaba... le decia la verdad: qué interesante y qué linda es!

ESCENA XIII.

VASCONCELOS. LOPEZ OSORIO.

Vas. Os estaba buscando, señor almirante. Acaba de llegar el correo de España: tomad y leed.

Lop. Dios mio! (*Despues de haber leido.*)

Vas. La orden terminante de arrestar al duque, y vos debeis ejecutarla.

Lop. Una medida tan violenta...

Vas. Yo mismo la he solicitado del conde de Oliva-

res, para cortar de raiz las tramas que se estan urdiendo... mañana al amanecer, sin mas dilacion, prendereis al duque en su castillo de Almada.

Lop. Me admira semejante resolucion.

Vas. Las intrigas se complicaban de algun tiempo á esta parte, y de este modo quedan desconcertadas. Los Braganzas, los Villa-reales, los Aveiros desaparecerán, y sus partidarios irán á trabajar á las minas. Fuera piedad: esto es lo que se llama gobernar.

Lop. Encargarme semejante comision!...

Vas. Es la misma que ya se os dió cuando debiais prenderle á bordo.

Lop. Cumpliré con mi deber, por mucho que me cueste.

Vas. Por mucho que os cueste! Prender á ese hombre? Si nunca le habeis conocido, si no es nada para vos!... Daos prisa, señor almirante, en cumplir con esa órden: al amanecer; misterio y prontitud!

ESCENA XIV.

LOPEZ.

Acabóse mi esperanza! fatal contratiempo!... y cómo remediarlo? es imposible. La duquesa verá en mí un monstruo, y nada podrán mis seducciones contra su odio!... podia yo preveerlo?... si quedasen algunos dias... pero una noche!... una sola noche!... una noche es un año en intrigas, y en amor es un siglo... vamos, yo estoy loco!... cómo verla? cómo resolverla? No!... la empresa es atrevida!... no importa. Si librase yo al duque de los peligros que le amenazan... si á este precio obtuviese el tierno interes que solicito de la duquesa... aunque no me recompensa-

se nunca, esta accion generosa es digna de mí!... Introduzcámonos en su casa sin que ella lo sepa... asi que oscurezca... qué arriesgo? Un criado vendido, una puerta abierta, ó una ventana... el amor y el oro entran por todas partes.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la habitacion de la duquesa de Braganza en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA. DOÑA FLORA.

Flo. Cuántas muestras de afecto nos dió la vireina!

Duquesa. Sí, hija mia.

Flo. Os ama tan tiernamente!...

Duquesa. Lo que me dijo no prueba nada. Ya es tiempo que aprendas á desconfiar de falsas apariencias. Esas palabras estan en los labios, pero salen raras veces del corazon.

Flo. Qué feo es amarse en apariencia, y aborrecerse realmente!

Duquesa. (Ya es de noche y Pinto no viene.)

Flo. Qué teneis, madre mia? Parece que estais incomodada.

Duquesa. Yo!... no, no tengo nada.

Flo. Estais tan conmovida...

Duquesa. Aprension tuya... ya ves que no hay motivo.

Flo. Ah madre mia! Una hora hace que os estoy examinando, y vuestra agitacion es tan grande... os levantais, dais algunos pasos, luego os volveis á sentar, y no parais un momento en la silla... mas de veinte veces habeis dejado la labor... os habeis puesto á mirar fijamente, como cuando se mira sin ver, cuando algun asunto de importancia nos ocu-

pa. Decidme vuestras penas, madre mia; sean las que fueren, quiero saberlas para tomar parte en ellas. Acaso mis pocos años no merecen la confianza de mi madre? Y si los consuelos os son inútiles, debeis por eso ocultarme lo que pasa en vuestro corazon?

Duquesa. Hija mia! cómo quieres que esté tranquila pensando en la órden que nos separa de tu padre?

Flo. No creo sea esa la única causa de vuestro afan... Esta mañana al anunciaros su intencion de marchar sin nosotros, os mostrásteis menos angustiada... nunca habeis estado mas melancólica que en este momento.

Duquesa. Sí, porque la hora (*Muy enternecida.*) se va acercando en que tu padre nos va á dejar.

Flo. Pues qué nos quita ese viaje la esperanza de volverle á ver muy pronto?

Duquesa. Nuestra situacion es terrible, hija mia... tu padre tiene enemigos crueles que le obligan á vivir fuera de la ciudad, y le tienden mil lazos de que tiene que guardarse... todo lo hemos previsto para salvar su vida y nuestros bienes... si el resultado no corresponde á nuestras esperanzas, mi suerte puede llegar á ser la mas fatal del mundo... Ah! si estuviésemos condenadas á no volver á ver á tu padre!

Flo. A mi padre!... qué decis? tan grandes son las desgracias que temeis... y me las ocultabais!... y hubieran caido sobre mí sin hallarme preparada!... Decidme, decidme, por Dios, cuales son vuestros temores; decídmelos para que no tenga nunca que acusaros de haberme dejado confiar en una engañosa seguridad.

Duquesa. Acusarme! Yo que te quiero tan tiernamente, yo que soy tu madre... no, nunca me acusarás.

Flo. No señora, no; vuestra hija no aumentará vues-

tras penas, cuando solo trata de mitigarlas.

Duquesa. Me lo prometes, querida Flora? nunca me acusarás?

Flo. Acaso puedo hacerlo? Y vuestras bondades?...

Duquesa. Cualquiera que sea nuestro destino?... aunque nos sorprendan los golpes mas espantosos?

Flo. Me asustais!...

Duquesa. El cielo nos protegerá, asi lo espero... las cosas humanas son tan variables, que nuestro estado puede cambiar... en mal... ó en bien; acaso nos está reservada una prosperidad brillante, imprevista... si al contrario fuese el infortunio... te acordarás de tu madre, de su cariño, de sus cuidados, de sus temores por tu padre y por tí... y nunca me acusarás, nunca, no es verdad?

Flo. Pero qué sucede, madre mia?

Duquesa. Nada, no te asustes; mi desasosiego es hijo de mi ternura... Alguien viene... abraza á una madre que sufriria mil muertes por su hija... vamos, valor!... enjuga esas lágrimas.

ESCENA II.

LA DUQUESA. DOÑA FLORA. DOÑA LUISA DE DOLMAR.

Lui. Cómo, señora! No tenemos música esta noche?

Duquesa. No estoy muy buena, y por eso me encerré en mi cuarto.

Lui. Sí, yo he querido (*Con aturdimiento.*) entrar por fuerza, á pesar de que un hombre nuevo, á quien no conozco, me ha dicho que no estabais visible. He preguntado por Pinto, y entonces me ha dejado pasar sin resistencia... pero qué teneis? Estais muy desmejorada: qué cara tan macilenta!... y doña Florita parece tambien que está muy triste.

Duquesa. Afligida de verme mala.

Lui. Pues habeis hecho muy mal en no salir... era preciso ir á paseo, distraerse... yo vengo de mil partes... me han contado un sin número de anécdotas graciosísimas en casa de la marquesa.

Duquesa. Es casa muy concurrida.

Lui. La frecuentan todas mis amigas... sabeis lo que dicen de la marquesa?

Duquesa. No. (Qué pesadez!)

Lui. La aventura mas humillante...

Duquesa. Escándalos! Dejémonos de eso. Se hacen ya tan frecuentes, que se cansa una de oirlos. No sé por qué se ha de hablar siempre del vicio, que es tan comun, y casi nunca de la virtud, que es tan rara.

Lui. Verdad es... esa reflexion es... (*Bosteza.*)

Duquesa. Menos divertida que las ocurrencias de vuestras amigas: no es eso?

Lui. No digo tal, pero...

Duquesa. (Qué mal hace Pinto en dejar entrar á esta muger!)

Lui. Ya lo veo: teneis alguna pena... quereis que os deje, que me vaya?

Duquesa. Nada de eso... (*Con prontitud y turbacion.*) no os vayais... os juro que no tengo nada, y me favoreceis muchísimo en hacerme compañía.

ESCENA III.

LA DUQUESA. DOÑA FLORA. DOÑA LUISA. PINTO.

Pint. Perdonad, señoras... (*Sorprendido.*)

Lui. Qué os asusta?

Pint. Soy tan distraido, que sin querer he interrumpido vuestra conversacion. El duque está ahí disfrazado. (*Aparte á la duquesa.*)

Duquesa. (El duque!... Ay Dios!)

Lui. Qué bonita labor! (*Paseándose por el cuarto.*)

Trabajais como un angel, doña Florita.

Duquesa. Hacedla salir. (*Aparte á Pinto.*)

Pint. Es que va á verle (*Aparte á la Duquesa.*) al paso... si está ahí... bien sabeis que es una loca... lo diria á todo el mundo. Llevaos á vuestra hija, mientras yo riño con ella.

Duquesa. Con permiso vuestro, señora; Pinto acaba de recordarme que tengo que contestar á unas cartas muy importantes.

Lui. Pues entonces voy á dejaros.

Pint. Hacedme el favor de aguardar (*Enfadado aparte á Luisa.*) un rato: quisiera deciros dos palabras.

Duquesa. Hija mia, no olvideis que todavía no habeis escrito la carta de despedida á vuestro padre: voy á acompañaros hasta vuestro cuarto.

Flo. Ya voy, mamá. (*Dejando el bordado.*)

Duquesa. Buenas noches, querida. (*A Luisa.*)

ESCENA IV.

PINTO. DOÑA LUISA DE DOLMAR.

Lui. Qué quiere decir esa cara de vinagre? Parece que estais furioso.

Pint. No lo parece, señora, sino que lo estoy.

Lui. Y con qué motivo?

Pint. Con qué motivo? (*Algo cortado.*) Donosa pregunta! De dónde venis?

Lui. De casa de la marquesa.

Pint. Una muger de tan malas costumbres!...

Lui. Que todo el mundo visita.

Pint. Ya! en el dia visitan á cualquiera.

Lui. Pero no sabremos quién os ha puesto de tan mal humor?

Pint. Sin duda habria mucha gente, y habreis estado muy coqueta como acostumbrais?

Lui. Casualmente estaba sola.

Pint. Quizá esperabais á alguien en su casa?

Lui. Un sugeto vino luego despues, pero era ya bastante tarde.

Pint. Era aquel que suele ir?

Lui. No, sino uno que no va nunca.

Pint. Sí, por veros iria...

Lui. Hombre! si era Monsano, á quien vemos todos los dias.

Pint. Pues: si lo dije yo... (*Furioso.*) Monsano es!... todo lo sé, señora; habeis sacrificado mi amor, vendido mi confianza!...

Lui. Pero á qué viene eso? os habeis vuelto loco?

Pint. Vamos, pronto: decid cuanto ha pasado.

Lui. Pero hombre! si no ha pasado nada...

Pint. Ya que me engañais en una cosa que sé de positivo, riñamos para siempre.

Lui. Pues bien... os confieso...

Pint. Qué? (*Asustado.*)

Lui. Mi única falta es el haberos ocultado que en otro tiempo recibí cartas muy tiernas de Monsano.

Pint. Cartas!... aun hay mas, bien lo sé.

Lui. Nada mas: os lo juro.

Pint. Recibir cartas! es una friolera!... dígoos que es un delito atroz... Oh muger pérfida, muger ingrata! Aqui no me atrevo á deciros mas... pero si respetais vuestros juramentos, si la piedad que merezco... oh! voy á morir, no hay remedio.

Lui. Pero qué locura es esta?

Pint. Pues prometedme que todo me lo esplicareis... ya sabeis el pabellon del jardin... id á esperarme alli, porque la duquesa me aguarda, y no puedo detenerme mas... yo mismo os acompañaré á vuestra casa despues de nuestra esplicacion.

Lui. Lo dicho, dicho. Habeis perdido el juicio.

Pint. Id, señora, y ojalá podais justificaros á mis ojos!

Lui. Yo no puedo á estas horas...

Pint. Temed los arrebatos de mis zelos. (*Dándose golpes en la frente.*)

Lui. Y si me encuentran?

Pint. Nadie os encontrará.

Lui. Estoy perdida si alguien me ve.

Pint. Yo lo estoy si me resistís.

Lui. No escandaliceis ahora... ya voy... pero vos...

Pint. Vamos, señora, ó temed... (*Impeliéndola hácia fuera.*)

ESCENA V.

PINTO.

Cerremos la puerta y que espere! Nunca hubo riña mas á tiempo. Felizmente siempre hay á mano algun motivo para reñir con las mugeres. Entrad, señor duque.

ESCENA VI.

EL DUQUE. PINTO.

Duque. Con quién estabais riñendo? (*Vestido de criado.*)

Pint. Con esa loca de doña Luisa, que se ha metido aqui valiéndose de mi nombre. Si os hubiese visto con ese disfraz á media noche, era lo bastante para descubrirnos. Qué imprudencia!

Duque. Ya os he dicho mi proyecto.

Pint. Qué desatino!

Duque. Un barquero me ha pasado en un malísimo bote: es hombre de confianza.

Pint. Vos jugais nuestras vidas y la vuestra, como si os perteneciesen.

Duque. Y nuestros asuntos?

Pint. Todo va bien. Dentro de ocho ó nueve horas vencemos ó dejamos de existir.

Duque. Habeis dispuesto?...

Pint. Todo; pero cometed otra falta como esta, y no respondo de nada. Aqui está la señora: yo voy á ese cuarto á redactar las instrucciones necesarias, y vuelvo para leéroslas.

Duquesa. Ah señor! cómo os atreveis (*Al salir.*) á venir aqui?

Pint. El duque no puede estar (*Yéndose.*) sin veros, señora! (Qué debilidad!)

ESCENA VII.

EL DUQUE. LA DUQUESA.

Duque. Sí; no me separo mas de vosotras: vine para llevaros fuera de la ciudad, lo cual he ocultado á Pinto.

Duquesa. Estais en vuestro juicio?

Duque. Lo he pensado bien: vais á veniros conmigo, vos y mi pobre hija, á quien no quiero abandonar, ni á vos tampoco, en medio de tantos peligros.

Duquesa. Los aumentais sacándonos de aqui. Quién sabe? acaso ya sois descubierto, pues no es posible que las rondas españolas no hayan observado vuestros pasos.

Duque. Quién quereis que me conozca con este disfraz?

Duquesa. Ese os acabaria de perder si nos prendiesen en el camino.

Duque. No hay que temer. Un bote nos espera á orillas del Tajo, y nos llevará juntos al castillo de Almada. Venid, venid: el tiempo está lluvioso, oscuro... nadie nos verá.

Duquesa. Mas vale que os quedeis con nosotros, puesto que al fin os hallais en seguridad, aunque mejor hubiera sido no venir. Qué diferencia entre vuestros peligros y los nuestros! Si saben que estais de in-

cógnito en Lisboa, vuestro nombre os espone á todo el rigor del ministro, y revela toda la trama urdida por vuestros amigos. Qué nos sucederia á nosotros? Yo no soy mas que una muger; vuestra hija, una niña; y por mucha ambicion que os supusiesen, el castigo no recaeria en nuestras cabezas.

Duque. No teneis noticia de la crueldad de Vasconcelos? quién duda que querria espantar con un ejemplo á los que intentasen tomarme por modelo?

Duquesa. Si conoceis su crueldad, por qué os burlais de ella esponiéndoos asi.

Duque. Demasiada razon tenia yo en no querer meterme en todas esas intrigas, en preferir la inocencia y la paz á tan terrible situacion! Entonces era prudente... ahora veo que vuestros dias estan en peligro, que nuestra perdicion puede ser causa de la de mi hija, y arrastrado por el amor paternal, ya no veo ni oigo nada... venid, os digo: saquémosla de aqui, salvémosla!..

Duquesa. Quedaos, por Dios! ella no sabe nada. La indiscrecion de su edad...

Duque. Siempre callar, ocultarse; qué tormento! Tenia yo razon en huir de tanta infamia? Desde que me hicieron ambicioso, ya no me es permitido ser esposo y padre.

Duquesa. Y creeis por ventura que estoy menos inquieta que vos? Hombre injusto! Habeis tenido que sufrir sus miradas, ocultarle vuestras lágrimas, engañar su ternura? Esta hija, que quereis precipitar en un abismo por una loca precaucion, tambien lo es mia; yo la he criado, la he dirigido, y de consiguiente es mi tesoro. Os atreveis á echarme en cara mi ambicion! quién recogerá el fruto de mis afanes? ella y vos, vos, que despedazais un corazon devorado de inquietudes! cómo! cuando una débil muger las disimula, cuando sofoca sus afectos, vence sus te-

mores, arrostra por vos tantos peligros, el duque de Braganza la desconoce y la injuria!... ah! bien veo que no tenia yo bastante fuerza para sostener tantos golpes!... cómo podia yo esperar que aquel cuyo valor debia animarme y aplaudirme, sería el primero en abrumarme con su ira?

Duque. A lo menos dejadme ver un momento á mi hija.

Duquesa. No, no, no la vereis: vuestra vista y vuestros discursos la asustarian: no la vereis.

Duque. La veré, señora, no lo dudeis.

Duquesa. Calmad ese furor.

Duque. Dormid sobre el volcan, si asi lo teneis por conveniente; yo no quiero que la devore.

Duquesa. Pues señor, disponed de mí, de mi hija, y si vuestra ceguedad nos pierde, no echeis la culpa á nadie, sino á vos mismo.

Duque. Preparadla, y ocultadle el objeto de esta fuga.

Duquesa. Ya estará acostada, voy á despertarla. (Vamos á consultarlo con Pinto.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE.

Cuanto mas pienso en ello, mas prudente y acertado me parece el ponerlas en salvo. Si somos sorprendidos, los conjurados no se moverán, y cualquiera pretesto destruirá una sospecha sin pruebas. Si llegamos á la otra orilla, si la trama sale bien, la vuelta es segura y pronta; si sale mal, pongo á cubierto á mi familia de la persecucion de Vasconcelos y del furor del pueblo. Quién sabe? acaso mañana estaré proscripto. Desgraciado del que funda su fortuna en los caprichosos movimientos de una muchedumbre voluble y desenfrenada! Con tal que Pinto no ponga obstáculo... Qué oigo!

ESCENA IX.

EL DUQUE. LOPEZ OSORIO.

Lop. Pues señor, (*Sale por una ventana que abre.*) la mayor dificultad ya está vencida.

Duque. Quién eres?

Lop. Si hablas una palabra, eres muerto.

Duque. No te temo.

Lop. Quién eres?

Duque. No me conoces?

Lop. Dime quién eres.

Duque. Un criado de la duquesa de Braganza.

Lop. Silencio, ó te mato.

Duque. Vuelvo á decir que no te temo.

Lop. Toma este oro, y sírveme.

Duque. Para nada necesito vuestro oro.

Lop. Inaccesible al temor y al interes: qué hombre es este?

Duque Esplicaos... á qué venis de este modo y á estas horas al cuarto de la duquesa?

Lop. Sabes las habitaciones de la casa? Llévame.

Duque. Decidme á lo menos vuestras intenciones... quién sabe lo que tratais de hacer...

Lop. Crees acaso que soy algun ladron?

Duque. Las señas no son de otra cosa. Trepar por las paredes y entrar por las ventanas!...

Lop. Tranquilízate: una muger de su casa, ganada á fuerza de dinero, ha puesto una escalera de cuerda á esa ventana, no atreviéndose á abrirme la puerta, que en ausencia de los criados, guardan hoy gentes á quien no ha podido confiarse.

Duque. Y penetrais con tanto atrevimiento en el cuarto de una señora?...

Lop. Que me ama. Miren qué gran mal!

Duque. Que os ama decis?

Lop. A lo menos tengo motivos para creerlo. Vamos, toma este bolsillo.

Duque. Quién sois para ser tan pródigo?

Lop. Lopez Osorio, almirante de la real armada española.

Duque. El que viene á asegurarse de la persona del duque?

Lop. El mismo. Vamos, llévame.

Duque. (A los infiernos. Mi espada me vengará de tus ultrajes.) (*Poniendo la mano en el puño de su espada.*)

Lop. Se entra por esta puerta en el cuarto de la duquesa?

ESCENA X.

EL DUQUE. LOPEZ OSORIO. LA DUQUESA.

Duquesa. Temo que os sorprendan, querido mio, creedme...

Lop. Su querido!

Duquesa. Un hombre aqui!

Duque. No me conoce. (*Furioso á la duquesa.*)

Lop. Deteneos! No saldreis.

Duquesa. Pinto! Pinto! (*Gritando.*)

Duque. Quieres morir? (*Poniendo la mano en el puño de su espada.*) Acércate.

ESCENA XI.

EL DUQUE. LA DUQUESA. LOPEZ OSORIO. PINTO.

Pint. Qué es esto, señora? (*Poniéndose delante del duque con la espada en la mano.*) El señor almirante aqui? Salid, salid... (*Al duque.*)

Duquesa. No le conoce. (*A Pinto.*)

Duque. Insolente, atrevido! mi espada castigará...

Duquesa. Pinto os lo dirá todo. (*Al duque.*) Por Dios! escuchadme. (*A Lopez.*)

Lop. Qué tiene que escuchar un hombre enamorado

y celoso despues de lo que está viendo?

Pint. (Enamorado! Cogí el hilo.) Entretened al almirante. (*A la duquesa.*)

Duque. Pero este hombre...

Pint. Vuestra esposa, vuestra hija, señor duque, estan espuestas al mayor riesgo.

Duquesa. Caballero, os lo suplico... (*A Lopez.*)

Duque. Dejadme.

Pint. Nada de imprudencias. Venid, no os perdais. (*Se lleva al duque.*)

ESCENA XII.

LA DUQUESA. LOPEZ OSORIO.

Lop. Podia yo esperar que hallaria un hombre en vuestro cuarto á estas horas?

Duquesa. Y quién os ha introducido á vos? quién os ha inspirado tal audacia?

Lop. Yo responderé á vuestra pregunta, si os dignais confesarme quién es ese hombre á quien he encontrado aqui.

Duquesa. Quién es? Y con qué derecho me lo preguntais? acaso dependo yo de vos?

Lop. El derecho me le da el encuentro que he tenido aqui.

Duquesa. Y cómo habeis penetrado en mi habitacion?

Lop. Por esta ventana. Ya no tengo interes en ocultarlo. A las pérfidas esperanzas que me dió, no ha mucho, vuestra boca, debo la vergüenza de tan humillante temeridad.

Duquesa. Cómo! Sin otro fundamento que una frívola conversacion, os atreveis...

Lop. Despues de haberos comprometido conmigo con miradas y artificiosas palabras recibis á otro...

Duquesa. Mi buena opinion me pone á cubierto de tales injurias.

Lop. Sorpresas como las de esta noche, señora, son muy á propósito para consolidar esa opinion que tanto decantais; pero quién es el mortal tan dichoso, tan disfrazado?... sacadme, por Dios, de tanta incertidumbre. No me obligueis á que por salir de dudas se lo pregunte á todos mis amigos.

Duquesa. (Ay Dios!) Tendriais la infamia (*En alta voz.*) de divulgar...

Lop. Decidme si ese hombre que he visto es un rival, ó sino podré publicar lo que pienso.

Duquesa. (Si por su causa descubriesen...) Ah señor! cualquiera (*En alta voz.*) que sea vuestra culpable conducta, las apariencias que me acusan me quitan el derecho de quejarme de ella: no estrañeis mi confusion, escuchadme, pues me complazco en creer que sois delicado y caballero.

Lop. Proseguid.

Duquesa. Me fio en la lealtad de un honrado español, incapaz de vender mi confianza descubriendo mi secreto.

Lop. Acabad.

Duquesa. Cualquiera otra trataria de disimular, pero yo os diré francamente la verdad. Puedo esperar que vuestro silencio sea la recompensa de esta prueba de aprecio y confianza?

Lop. Hablad sin temor.

Duquesa. El hombre que habeis encontrado aqui, es sugeto á quien quiero y estimo mucho... los lazos que nos unen...

Lop. Declarad sin rodeos que es...

Duquesa. Ah, sí, como un amante; y hace ya muchos años que vivimos en la mayor intimidad. Esta confesion no me cuesta nada el hacérosla, pues os esplica el susto que me causó vuestra presencia.

Lop. Cómo se llama, señora?

Duquesa. No aumenteis mi apuro... si me amais, sería

muy mal hecho el esponerle á vuestro resentimiento.

Lop. Ya soy sin duda objeto del suyo. Todo se lo he dicho tomándole por un criado vuestro.

Duquesa. Cómo! qué es lo que habeis dicho?

Lop. Que me amabais...

Duquesa. Dios mio! A él habeis dicho (*Asustada.*) eso? Y quién os ha hecho creer que yo os amo? Soy yo acaso? yo, que estoy indignada de vuestros procedimientos... que nunca os amé?

Lop. Sin duda olvidais que una entrevista favorable...

Duquesa. Salid de aqui.

Lop. Obedeceré cuando se me mande con mas suavidad, pero...

Duquesa. Entrar en mi cuarto!... insultarme! sois un miserable.

Lop. Yo, señora! (*Tomándole la mano.*)

Duquesa. No, vos sois bueno, (*Retirándola.*) generoso, caballero...

Lop. Muy bien: ahora ya soy otra vez bueno y generoso. Hablad: qué condescendencia exigis del generoso Lopez?

Duquesa. Que se retire, que salga de aqui.

Lop. Agoviado con el peso de vuestro odio, y por un balcon, ó por alguna puerta secreta... Ah! este es el camino de un amante favorecido.

Duquesa. Voy á mandar que os abran.

Lop. A estas horas, sería perderos.

Duquesa. No me atormenteis; respetad...

Lop. Los derechos de un rival?

Duquesa. (Qué partido tomar? A que humillacion mis peligros y mi ambicion me condenan!)

Lop. Dejad de ser inexorable, y os pago mi dicha con un favor que nunca comprareis demasiado caro. La suerte de vuestro esposo está en mis manos.

Duquesa. Por Dios!... decidme...

Lop. Me hago culpable si os entero...

Duquesa. Sacadme de dudas.

Lop. Ah muger adorada! (*Echándose á sus pies.*) Salvad á vuestro esposo de las desgracias que le esperan.

ESCENA XIII.

LA DUQUESA. LOPEZ OSORIO. PINTO. FRANCISCO.

Pint. Una órden de la vireina?

Fran. Para llevar á su casa al señor almirante.

Lop. A mí? y por qué causa?

Fran. Por hallaros en este momento en casa de la duquesa.

Lop. Id á decir á la vireina...

Fran. La órden está terminante, (*Enseñándola.*) y firmada por ella, para guardaros en vuestra casa hasta la hora en que el secretario de Estado pueda hablaros.

Lop. Pediré satisfaccion de semejante ofensa. Ya os sigo. (*A la duquesa.*) Bien veis lo que me cuesta mi ciego amor. A Dios, señora.

ESCENA XIV.

LA DUQUESA. PINTO.

Duquesa. Quién ha dado este golpe?

Pint. Yo. Supo la vireina por medio de sus espías la venida de vuestro esposo. Esta noticia difundió el terror en palacio: Vasconcelos estaba ausente, y en el consejo secreto se resolvió dar la órden que acaba de ejecutarse.

Duquesa. Dios mio!

Pint. La órden era que prendiesen al hombre que se habia introducido furtivamente en vuestra casa, aunque fuese el mismo duque. Primero trataron de

asustarme los encargados de la prision, preguntándome por él; veo que dudan, el cielo me ilumina, y entrego al almirante en su lugar: eh!... La tormenta ya pasó.

Duquesa. Sois nuestro ángel tutelar... cuánto padecia yo de hallarme sola con el almirante!

ESCENA XV.

LA DUQUESA.

Qué hombre es ese Pinto! valiente, sutil, atrevido, infatigable, pensando en todo, con la serenidad necesaria para calcular lo mejor. Mas qué será del duque? Las últimas palabras del almirante me han dejado mas fria que un hielo.

ESCENA XVI.

EL DUQUE. LA DUQUESA. FLORA. PINTO. (*Que sale leyendo unos papeles.*)

Flo. Es verdad, mamá, que mi padre se vea obligado á disfrazarse para sustraerse á sus enmigos, y que quiera huir de Lisboa llevándonos consigo?

Duquesa. Sí, ahora mismo nos iremos.

Pint. Ese proyecto es una locura. La señora duquesa se opone con muchísima razon. (*Sigue leyendo.*)

Duque. Pinto al llevarme al cuarto de mi hija, ha disipado en dos palabras las sospechas que me hizo concebir vuestra conducta aparente. Sin embargo, todos estos desórdenes no dejan de ser fruto de vuestros peligrosos proyectos.

Duquesa. He halagado á ese hombre por consejo de Pinto, y porque asi convenia á vuestros intereses. Su osadía ha hecho todo lo demas. No perdamos un tiempo precioso en vanas justificaciones. Vamos,

hija mia, vámonos. (*Doña Flora durante este diálogo arregla varias cosas.*)

Pint. Cómo, señor excelentísimo! nos dejais asi?

Duque. No os dejo: si me necesitais volveré á perderme con vosotros.

Pint. Y vos tambien, señora?

Duquesa. El almirante me ha dicho cosas bastante claras. El duque corre peligro... ya no respondo de nada.

Flo. Padre mio, si algun riesgo os amenaza, no os separeis mas de nosotras.

Duque. No, hija mia, no: por eso te llevo conmigo.

Pint. Señor duque, esos contínuos viajes... cuidado!... pero ya que asi lo quereis, el tiempo urge, y mas fácil es reparar vuestras imprudencias, que convenceros de ellas.

Duquesa. Ven, Flora mia. Tened cuidado de nuestros amigos, Pinto. Hay planes contra el duque, y de consiguiente debo seguir sus pasos, hacer su voluntad, y participar de la misma suerte. Soy muger, soy madre... mi primera obligacion es no abandonar ni á mi esposo, ni á mi hija. Esta ciudad... ah! me estremezco! acaso la dejamos para siempre... ay de mí! Confio en vuestro celo, Pinto. En él se cifran nuestras esperanzas, mi vida, y la salud de la patria. A Dios.

Duque. A Dios. Puedo entregaros mi vida, pero debo salvar á mi muger y á mi hija.

Pint. Mi mudo os seguirá hasta la orilla, y volverá asi que os deje embarcados. Encargad abajo que no digan que habeis salido.

ESCENA XVII.

PINTO.

Nadie fue nunca mas propio para la vida privada. Buen padre, buen señor, pero conspirador detestable. Ah! con tal que sepa conducir su barca á la otra orilla, yo coduciré la mia. Ya estamos en alta mar, el viento anuncia tempestad, nuestros amigos son buenos remeros, y estan destinados... acaso á galeras... qué idea tan negra! en este instante... no sé cómo, pero mi imaginacion está asaltada con un tropel de visiones horribles... Oh, antes que se atrevan... me arrancaré las entrañas con mis propias manos... volvamos á leer estas notas... Hé, heé heée... el ministro... las inmediaciones de palacio... viva la libertad!... vivan los portugueses!... muera Felipe!... paz á los ciudadanos!... justicia y felicidad al pueblo!... alli es el punto de reunion general... Bien, muy bien! es esto todo? y la lista?... qué he hecho de la lista?... ah! aqui está! A las cuatro en casa del arzobispo de Lisboa... á las siete y cuarto en la mia... exactitud, memoria, regularidad en nuestros momimientos... La menor variacion tuerce la línea trazada y lo echa todo á rodar... tomemos la capa, y vámonos. Y la señorita del pabellon?... qué haremos de ella? veamos primero si el duque... Pedro! Pedro!

ESCENA XVIII.

PINTO. PEDRO.

Pint. Se embarcó ya el duque?
Ped. Hem! (*Con signos durante toda la escena.*)
Pint. No hay soldados ni curiosos por el camino?

Ped. (*Dice por señas que no.*)
Pint. Estan tus compañeros abajo?
Ped. (*Por señas que sí.*)
Pint. Ah! Habia barqueros en el puerto?
Ped. Hom!
Pint. Se veía á lo lejos alguna barca?
Ped. Hom!
Pint. Y dime, habeis tomado las armas?... Sí: no hay nadie que nos observe al rededor de este palacio?... No: La guardia que vino para prender al almirante tenia acaso algunas sospechas?
Ped. Hé, v... um. (*Con viveza.*)
Pint. Cuento contigo: celo y valor, y tu fortuna está hecha.
Ped. He! (*Con tristeza.*)
Pint. Cuenta con la amistad (*Tomándole la mano.*) de tu amo.
Ped. Ah! (*Con afecto.*)
Pint. Tú no tienes miedo.
Ped. Hom! (*Dándose golpes en el pecho.*)
Pint. Hoy somos compañeros. Vivan los mudos que obran, dan respuestas cortas y son discretos. Asi deberiamos escoger nuestras mugeres y confidentes.

ESCENA XIX.

PINTO. PEDRO. FRANCISCO. UN CRIADO.

Cri. De parte de la vireina...
Fran. La vireina desea saber si la señora duquesa de Braganza puede pasar á su casa ahora mismo.
Pint. La duquesa... (*Titubeando.*) Y es la vireina quien... quien pregunta por ella?
Fran. Sí señor, la vireina. Qué tiene eso de particular?
Pint. Nada... yo... la señora duquesa está en cama...

no hace mucho que me hizo llamar, bastante asustada con la prision del almirante... ahora está descansando. Volved á palacio y mandadme á decir si la despierto para que se vista y vaya allá...

Fran. Sí, eso será lo mejor.

Pint. Alumbra al señor. (*Al criado.*)

ESCENA XX.

PINTO. PEDRO.

Pint. Por vida del demonio! Ahora sí que estamos frescos! Si lo dije, si me lo daba el corazon! Pues señor, no hay remedio; de esta hecha todo se lo llevó la trampa... Y tú plantado ahí como una estaca! Habla, hombre.

Ped. Heee!

Pint. Qué demonio de hombre es el tal duquecito de Braganza!... Pedro, amigo mio!... ven acá... ve, vuela... espera... la trama está rota... Dios mio! qué idea tan feliz! Pedro, corre al pabellon del jardin... yo no puedo ir, porque he de guardar la plaza contra otra nueva sorpresa... (*Escribe dos palabras con su lapiz.*) Corre al pabellon... hablarás á una muger: lo entiendes? una muger.

Ped. Hom!

Pint. Doña Luisa de Dolmar: estás?... llévala este papel... y tráela aqui... ve y vuelve como un rayo.

ESCENA XXI.

PINTO.

Dios mio de mi alma! Sacadme de este apuro... ahora conozco que la agonía no mata... esa muger... no hay que declararle... me ama, es buena, y no hay

duda que me complacerá... no, no, ocultémoselo todo.... sirva de instrumento á mis ardides, sin sospechar la causa. Fruto de la necesidad, mi confianza tardía pudiera ofenderla y quizá me vendería... probémoslo todo... en caso que suceda una desgracia, en un salto estoy en el rio.

ESCENA XXII.

PINTO. DOÑA LUISA DE DOLMAR. (*Pinto dice al mudo que se retire.*)

Pint. Querida amiga! dulce y tierna amiga!
Lui. Hola! Con que ya se aplacó la cólera?
Pint. Vedme á vuestros pies, confuso, humillado, desesperado.
Lui. Dejarme consumir sola por espacio de una hora mortal!
Pint. Mil obstáculos me han detenido... vos sois, hermosa mia, quien va á salvarme nada menos que la vida.
Lui. Qué cambio!... pero decidme, Pinto, qué teneis?
Pint. Me amais?
Lui. No, porque sois muy malo.
Pint. Responded sin rodeos. Me amais?
Lui. Me lo preguntais de un modo que me asusta.
Pint. Si me apreciais, probádmelo.
Lui. Bueno! bueno!
Pint. Os burlais de mí?
Lui. Nada de eso. Os aseguro que me asustais.
Pint. Ceded á mis ruegos... y consentid por un momento en hacer el papel de la duquesa de Braganza.
Lui. Qué decis! Habeis perdido la cabeza?
Pint. Vamos, pasad por la duquesa.
Lui. Yo por la duquesa!
Pint. Sí, sí; ved mis temores, sus faltas, el lazo en

que ha caido y el espediente que he imaginado. Ved la hora que es, y aun no ha vuelto.

Lui. Pues qué, habia salido?

Pint. Con un hombre que se la ha llevado, que la ha perdido.

Lui. Bueno, con que la duquesa (*Riendo.*) tambien, con esa altanería, ese orgullo! Ah! asi son todas!

Pint. Reid, reid cuanto querais... y la vireina que acaba de mandar á llamarla!...

Lui. De veras? Ah, ah, ah. (*Riendo.*) Nada falta.

Pint. Por vida del diablo! oidme, ó...

Lui. Miren la mogigata! Y parece que en su vida ha roto un plato, y sale misteriosamente á la una de la noche! Que nos venga ahora con esas palabrotas de honor y de virtud!...

Pint. Tened piedad de mí, yo...

Lui. La nueva Lucrecia se ha portado!

Pint. Malditas mugeres! Acaso hay motivo para reir de las faltas de vuestras compañeras? La infamia de unas, redundará jamas en gloria de las otras?... vamos, loca, sacadme del apuro en que me hallo.

Lui. Vos! Y cuál es?

Pint. Encargado en su ausencia de guardar la casa...

Lui. Pues vaya! es un bonito oficio!

Pint. Dejémonos de chanzas: salvad á mi pobre duquesa.

Lui. Quereis que yo tambien la sirva honrosamente?

Pint. A mil conozco yo que no tienen el menor escrúpulo...

Lui. Ya! por su cuenta.

Pint. Mirad que van á venir, preparaos... en ese cuarto.

Lui. Pues qué, me parezco yo á la duquesa? no veis que van á conocerme?

Pint. Estais enferma, postrada; decis al que venga que el susto causado por la prision del almirante...

Lui. Cómo! contadme eso: Lopez Osorio está preso?

Pint. Aqui mismo le han (*Con impaciencia.*) preso habrá una media hora... pero qué os importa?... vaya, meteos en esa cama.

Lui. Que me acueste?

Pint. Sí, muger: en la cama de la duquesa.

Lui. En su misma cama?

Pint. Sí, sin desnudaros, asi como estais. Quitaos solo esas cintas, esos alfileres.

Lui. Pero Pinto, qué haceis?

Pint. Nada: figuraos que soy vuestra doncella... sobre todo no os echeis á reir como una loca si teneis mi vida en algo... responded bien, y en pocas palabras... "No puedo." "Me siento muy mala." "Decid á la vireina que perdone." La voz muy débil... las cortinas corridas... suspirad, gemid...

Lui. Qué risa! (*Saltando.*)

ESCENA XXIII.

DOÑA LUISA. PINTO. PEDRO.

Ped. Hem!

Pint. Que vienen! vamos, pronto.

Lui. Pero...

Pint. Por Dios! Dejémonos de peros.

Lui. Pero si...

Pint. Nada: despachaos, poneos en la cama, ó estoy perdido. Acompañadla. (*A Pedro.*)

ESCENA XXIV.

PINTO. FRANCISCO. DOS CRIADOS. (*Con hachas encendidas.*)

Pint. Hola! ya estais de vuelta? qué dice la vireina?

Fran. Que si la duquesa no está en disposicion de sa-

lir en este momento, que procure pasarse por alli mañana temprano, para un asunto muy importante.

Pint. Voy á transmitirle esa órden.

Fran. Es que se me ha mandado verla por mí mismo, y hablarle sin testigos. (*Sale Pedro.*)

Pint. La hallareis en la cama muy incomodada. Conducid al señor al cuarto de la duquesa: para qué esas hachas? quereis sacarle los ojos?

ESCENA XXV.

PINTO. PEDRO.

Pint. Está en la cama?... muy bien! El velon un poco separado... bien. Corriste las cortinas?... bien. Caramba! si descubriese... me estremezco!... qué dicen?... oh! qué charlatana! Ya vuelve... respiremos.

ESCENA XXVI.

PINTO. PEDRO. FRANCISCO.

Fran. Esa pobre señora tiene la voz muy alterada.

Pint. Está tan débil!... (*Desconcertado.*)

Fran. Voy á dar cuenta de su estado á la vireina.

Pint. Decidle que por la mañanita muy temprano recibirá noticias nuestras.

Fran. Se lo diré. (*Vase, y Pedro le acompaña.*)

ESCENA XXVII.

PINTO.

Sí, con mil diablos tendrá noticias nuestras y muy frescas. Reunamos nuestra gente y no perdamos tiempo. Señora! ya se han ido... salid, señora.

ESCENA XXVIII.

PINTO. DOÑA. LUISA.

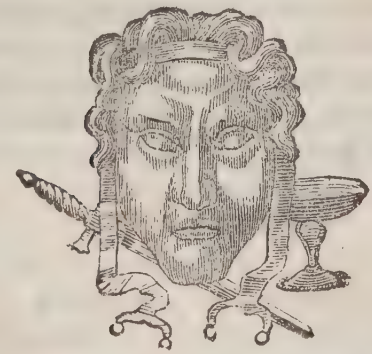
Pint. Mi bienhechora! mi libertadora! mil años de constancia no pagarán mi deuda.

Lui. Ah, ah, ah. (*Riendo, y remedando un enfermo.*) No puedo mas! una jaqueca que me parte la cabeza!... los nervios me duelen tanto!... ah! ah! ah!

Pint. Perfectamente.

Lui. Y mientras estaba yo padeciendo por ella?... ah! ah! ah!

Pint. Silencio... vamos... vamos... tomad el brazo... á vuestra casa, señora, y contad con mi cariño, con mi eterno agradecimiento. (*Fingiendo mucho respeto.*)



ACTO CUARTO.

El teatro representa la habitacion de Pinto en Lisboa.

ESCENA PRIMERA.

ALVARO.

Qué me quiere Almada?... para qué desea hablarme á estas horas en el cuarto de Pinto?... ha encargado á los criados me dijesen tenia que verse conmigo antes de acostarme... como si yo me acostase!... la noche no es bastante larga para mis placeres... uf! Descansemos un rato... qué juego!... lo peor es que me quedé sin blanca; y ese demonio de marquesa que me dice siempre que ponga por ella!... el tal jueguecito es una cueva de ladrones, y no hay que esperar justicia, si uno no se la hace por sí mismo.

ESCENA II.

ALMADA. ALVARO.

Alm. Qué, no has pasado la noche en casa, Alvaro?

Alv. No: por qué no me has dado esta cita en la tuya?

Alm. Tambien tenia que hablar con Pinto; y como ambos vivis en la misma casa...

Alv. Al grano. Qué querias?

Alm. Probarte mi amistad, exigiendo una prueba de

la tuya. Si te ocultase las circunstancias difíciles en que me hallo, nunca me lo perdonarias.

Alv. No lo dudes: los verdaderos amigos merecen una entera confianza. Todo debe de ser comun entre ellos, placeres, penas y peligros.

Alm. Los peligros, dices?

Alv. Y de qué sirve el afecto de un hombre que el temor detiene, que no es capaz de arrostrar mil muertes por su amigo?

Alm. Semejante hombre solo es digno de vivir entre mugeres. En el momento en que algun riesgo inminente se presenta, abandona á sus parientes, amigos, y hasta la muger que no se atreve á defender. En los corazones cobardes ó egoistas, no busques sentimientos generosos.

Alv. Cuenta siempre con los mios. Amo á mi patria como tú, y la defenderé como tú. Ah! que se trame algun dia alguna conspiracion; abandono los placeres, las mugeres, el mundo, y me porto como leal y valiente portugués... pero hay mucha debilidad, querido, y la moderacion nos pierde.

Alm. No tanto como crees. Hay aun corazones que no sufren la injusticia, llenos de esas virtudes cuyo inquieto vigor no se somete sino al freno de las leyes, y se irrita con el poder arbitrario de los hombres.

Alv. Y quiénes son esos? Tú y yo: no conozco á otros.

Alm. Y los que han formado el gran designio de sublevar al Portugal contra sus opresores.

Alv. Cómo!

Alm. Esa conspiracion que estás deseando, existe, lo sé, y no puedo ni debo ocultártelo.

Alv. Oh, cuánto me alegrara ser uno de tantos, si conociese á sus autores!

Alm. Estás viendo á uno de los gefes.

Alv. Tú! (*Retrocediendo.*)

Alm. Yo mismo.

Alv. Te doy la enhorabuena... (*Asustado.*) conjurados de tu carácter no harán mucho daño.

Alm. Dejémonos de bromas, Alvaro, y escucha.

Alv. No, no, Almada, no. Deseo ardientemente que todo salga bien; pero soy tan bullicioso, tan distraido é inconsiderado, que no quiero saber un secreto de tamaña importancia.

Alm. Las cosas han llegado á tal punto, que tu fogosidad no es de temer. Eres portugués, eres valiente, estás cansado de vivir bajo el yugo de una esclavitud ignominiosa: qué mas se necesita para que abraces nuestra causa? Nuestra fuerza está en la opinion pública, nuestro ejército en nuestros conciudadanos, y nuestra esperanza en el valor de nuestros brazos.

Alv. Bueno es eso, muy bueno... pero si los grandes no se declaran en vuestro favor...

Alm. El duque de Braganza es nuestro gefe.

Alv. El duque de Braganza!

Alm. Mucho tiempo hace que se trabaja en ello. Las reuniones se han tenido en casa del arzobispo de Lisboa. Su sobrino don Luis, el anciano y respetable Almeida, Melo su hermano, el gran Saldaña, Mendoza, el capitan Fabricio, el secretario Pinto á nuestra cabeza, y otros mil, entre los cuales tú mereces ser nombrado, todos estan llenos de una noble impaciencia, y madres y mugeres han puesto en manos de sus hijos y maridos el acero que ha de dar la libertad á la patria, y la muerte á nuestros tiranos.

Alv. Cáspita! Pues parece que la cosa está muy bien arreglada... pero temo que resistan.

Alm. Ya se ve que resistirán, y el choque será terrible.

Alv. Dios mio!... no encendais la guerra civil... cuidado con acabar la ruina de vuestra patria, en lugar de poner término á sus calamidades.

Alm. Venceremos. Ademas, ya no es tiempo de reflexionar ni de volver atras.

Alv. Luego será dentro de pocos dias...

Alm. Cómo de dias!... al instante.

Alv. (Dios mio!)

Alm. Aguardo al capitan y á otros compañeros. Pinto va á dar la señal.

Alv. La señal!

Alm. Sí, para acudir todos á la plaza, apoderarnos del palacio, prender á Vasconcelos y atacar la ciudadela.

Alv. Oh! habrá una espantosa carnicería, y siento infinito que no hayais tomado mas tiempo para madurar un plan tan arriesgado!

Alm. Tú mismo lo dijiste. Una lenta prudencia vale mucho menos que un arrojo bien combinado. Dame esa mano, y disponte á marchar.

Alv. A Dios.

Alm. Adónde vas?

Alv. A mi cuarto á escribir dos palabras á mi familia. Quién sabe lo que puede acontecer! piensas que la accion será sangrienta?

Alm. Terrible, pero decisiva.

Alv. Tanto mejor!

ESCENA III.

ALMADA.

Buen prosélito! Alvaro merecia mi confianza. Tardar mas tiempo hubiera sido ultrajarle con una duda infame... está tan irritado contra los castellanos!... con todo, se me figura que se puso muy frio luego que

le dije lo que habia... cuanto mas me acuerdo... no, no, él mismo se ha ofrecido... él mismo suspiraba por nuestra libertad, invocando en su ayuda la audacia y las conjuraciones... si habrá querido sondearme?... cómo es que luego me hizo mil tímidas objeciones contra la ejecucion de nuestros proyectos?... No hay duda, he leido en su rostro muestras pasageras de espanto... titubeaba, su ademan confuso, su vista turbada, sombría... hay en la alteracion de las facciones una relacion tan estrecha con la mas secreta turbacion del alma, que raras veces engaña al que sabe examinarla!... sí, tuvo miedo, á pesar de su jactancia!... oh cólera! si yo creyese que me vendia... acaso pueda hacerlo. Ya tocamos el momento... dentro de un cuarto de hora... la sangre me hierve... vigilémosle, no le perdamos de vista... y si es necesario, compremos nuestra salud con su cabeza... qué es lo que oigo?... ruido en el patio... sí... un caballo... no hay duda... un caballo es... ah traidor!... (*Vase corriendo.*)

ESCENA IV.

ALMADA. EL CAPITAN FABRICIO. MELO. MENDOZA.

Mel. Adónde vas? (*Deteniéndole.*)

Alm. A prenderle!... á matarle. (*Desprendiéndose.*) Quedaos ahí, y venid corriendo si os llamo.

ESCENA V.

EL CAPITAN. MELO. MENDOZA.

Fab. Qué demonios tiene? Adónde va con tanta prisa? si ese majadero nos ha hecho alguna, le levanto la tapa de los sesos.

Mel. Deteneos, capitan. Serenidad y prudencia!

Fab. Serenidad! Es que yo no puedo tenerla cuando me enfado.

Men. Su turbacion... su fuga... algo hay en esto. Esesperad, voy á ver qué es. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CAPITAN FABRICIO. MELO.

Mel. Qué cosa tan infernal es una conspiracion! Hay nada mas cruel que pasar una noche entre la vida y la muerte?

Fab. Pues asi las pasamos todas, señor de Melo. La muerte nos amenaza en la mesa, en la cama, como en el campo de batalla; y por mas que procuremos huir de ella, siempre está encima de nosotros. Al contrario, cuando se le hace frente, muy á menudo tiene que retroceder. Por vida de mi abuela! para qué atormentarse? Aguardemos con paciencia la hora de hacer ver que tenemos espadas, y que sabemos manejarlas.

ESCENA VII.

FABRICIO. MELO. MENDOZA.

Men. No es nada. Ya le trae aqui. Dejémoslos hablar, y vamos á esperar á Pinto allá dentro.

Fab. Y las armas, dónde estan?

Mel. Alli: voy á daros las vuestras.

Men. Vamos.

ESCENA VIII.

ALMADA. ALVARO.

Alm. Infame! infame! (*Furioso.*)

Alv. Qué furia es esa, Almada?

Alm. Adónde íbais? á qué esos preparativos?

Alv. A qué, á qué... para...

Alm. Para escaparos, sin duda?

Alv. No, sino para seguiros.

Alm. Y el caballo ensillado, para qué era?

Alv. El caballo?

Alm. Sí.

Alv. Para correr por todos los barrios de la ciudad, y sublevar á los patriotas.

Alm. O mas bien para ir á venderlos, delatarlos.

Alv. Yo!

Alm. Te tengo, y no te escaparás. Me apego á tí como tu sombra.

Alv. Ya me va cansando ese tono imperioso: soy acaso tu esclavo?

Alm. Repito que no pienses en escaparte: si das un paso, te clavo un puñal en el corazon.

Alv. Estoy acaso en medio (*Espantado.*) de asesinos?

Alm. Ah traidor! piensas por ventura que tu libertad ni tus dias sean mas sagrados que la regeneracion de la patria, que la sangre de mis generosos compañeros, que los juramentos inviolables que nos ligan? No. Cuando penetraste nuestros misterios, renunciaste á tí mismo: nudos de hierro te ataron; nuestros peligros serán los tuyos, te precipitaremos con nosotros, ó tomarás parte en nuestra gloria, si sabes merecerla. Tú ibas á salir. Adónde ibas? á casa de los esbirros de Felipe? Ah traidor! ni siquiera obtendrias nuestra vida por premio de tu infamia. Muere antes mil veces, y no inmoles con una sola palabra á tantos valientes que trabajan por nuestra independencia y libertad.

Alv. Quién te dice que tal fuese mi intento?

Alm. La fuga que meditabas.

Alv. Nada de eso. Sí, os declaro francamente que

vuestra conspiracion me parece un desacierto, que vuestras esperanzas carecen de fundamento, y que no quiero tomar parte alguna en locas tentativas que os llevan al patíbulo.

Alm. No te separarás de mí.

Alv. Yo no soy vuestro prisionero. Con qué derecho?...

Alm. El que da el valor contra la pusilanimidad.

Alv. Te atreves á decirme en cara?... me darás satisfaccion.

Alm. En este momento no puedo disponer de mi espada ni de mi vida: riñan en buen hora los que nada deben á su patria.

Alv. Os negais á batiros?

Alm. Ahora sí.

Alv. Basta: tened presente que os lo he propuesto.

Alm. Mañana podreis contar conmigo: hoy preciso es que cuente yo con vos. Permitid que os presente á nuestros amigos, y no me dejeis mal. Capitan Fabricio! Melo! Mendoza!

ESCENA IX.

ALMADA. ALVARO. MELO. MENDOZA. CAPITAN FABRICIO.

Alm. El señor, noble y leal portugués, quiere ser de los nuestros: me seguirá á todas partes.

Mel. Estareis sin duda inflamado de admiracion por tan gloriosa tentativa.

Alv. Mil gracias, señores, (*Cortado.*) mil gracias.

Men. Os ha enterado Almada de los movimientos secretos del pueblo?

Alv. Sí señores: todo me lo ha dicho. (*Fabricio saca unas botellas y unos vasos, que pone en la mesa.*)

Fab. Vaya, echemos un trago: compañero, acaso será el último.

Alv. Por qué?

Fab. Si una bala nos echa al suelo, buenas noches.

Men. No será un gusto pillar á esos perros en la cama?

Alv. Sí, es mucho gusto, pero muy incierto.

Fab. Qué incertidumbre hay en esto? Por vida de mi abuela! Marchamos, y cuanto resiste, á tierra! vaya, que me ha hecho gracia con sus incertidumbres.

Alv. Me entendeis mal: ya sé que estamos seguros de todo.

Fab. No, es que no estamos seguros de nada. Quién puede preveer el resultado? Amigos mios, bebamos por nuestra gloria futura. (*Brindan todos.*)

Men. Qué hombres seremos!... ah! solo se hallarán como nosotros en los mejores tiempos de Atenas y Roma!

Mel. Qué riquezas nos aguardan!

Men. Qué bien nos habeis servido, Melo, repartiendo con maña muchísimo dinero para multiplicar nuestros partidarios.

Mel. Y vos, Mendoza, cómo habeis sabido inflamarlos con vuestros discursos elocuentes!

Alm. Vos, capitan, vais á dirigirnos.

Fab. Honor á todos. (*Levantando el vaso.*)

Alm. Mueran los tiranos! (*Tomando otro vaso.*)

Todos. Viva la patria!

ESCENA X.

ALMADA. ALVARO. MELO. MENDOZA. EL CAPITAN FABRICIO. SANTONELO.

Men. Santonelo! qué hay de nuevo?

Sant. Estamos descubiertos.

Todos. Descubiertos!

Sant. El secretario Vasconcelos, sabiendo sin duda que su casa iba á ser atacada, ha pasado á la otra parte del rio.

Alm. Estais seguro?

Alv. (Dónde estoy, pobre de mí!)

Men. Algun espía le habrá avisado.

Mel. Habrá ido al castillo de Almada para prender al duque con toda su familia.

Fab. O para reunir las tropas acantonadas en las inmediaciones.

Alm. Y Pinto? qué hace Pinto, señor?

Sant. Está trabajando como veinte: corriendo de palacio al puerto, colocando centinelas y vigías... pronto vendrá... no sé mas, y si todos los ángeles del cielo no lo remedian...

Alm. Cuándo salió Vasconcelos?

Sant. Esta noche.

Alm. Esta noche! (*Abatido.*)

Mel. Esta noche! (*Abatido.*)

Fab. Pues señor, esto va de mala data: soy de parecer que ya podemos rezar el credo.

Mel. Amigos mios, yo me hallo con algun dinero; pongámonos en salvo, embarquémonos, y tratemos de pasar á Africa.

Alm. Yo no saldré de Lisboa, y antes de permitir que mis enemigos sean dueños de mi suerte, aqui mismo me atravieso el corazon.

Fab. Yo sostendré el sitio contra todos los alguaciles y tropas de la ciudad.

Sant. Dios mio! Dios mio!

Men. Vaya, dejémonos de letanías.

Sant. Miserable ateo! vuestras (*Furioso.*) blasfemias atraen sobre nosotros la cólera divina.

Men. Vuestra avaricia es causa (*Furioso á Melo.*) de todo esto, pues os habeis apropiado las cantidades que habiais de distribuir.

Mel. No, sino vuestras (*Furioso á Mendoza.*) violencias, que han irritado á todos nuestros amigos.

Alv. Vos sois quien me (*Furioso á Almada.*) habeis puesto en un compromiso.

Fab. Si no acabais de decir (*Furioso.*) disparates, pego fuego á la mina, y os hago saltar por cima del campanario de la catedral.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. PINTO.

Pint. Qué gritería es esa? (*Con frialdad.*) Qué ocurre? Por qué estais tan pálidos?

Men. Vasconcelos lo sabe todo.

Pint. Ni una palabra.

Sant. Ha salido de Lisboa.

Pint. Ya ha vuelto.

Alm. Santonelo nos vino diciendo...

Pint. Falsa alarma.

Fab. Cómo! embusteron...

Pint. Santonelo os dijo la verdad. Vasconcelos fué á una fiesta á la otra parte del Tajo: he hecho seguir sus pasos; en este instante acaba de entrar en palacio, donde vamos á prenderle. Todo está en calma; la ocasion es segura y favorable. Capitan, id á dar una ojeada á los puntos de ataque, y ved si nuestros leales estan en sus puestos. (*Vase Fabricio.*)

ESCENA XII.

ALMADA. ALVARO. MELO. MENDOZA. PINTO. SANTONELO.

Pint. No, amigos mios, no saldrá el sol sin iluminar vuestro triunfo. Ya tocamos el momento de ejecucion, siempre menos temible que los que le preceden. Miguel Almeida atacará la guardia alemana á la entrada de la plaza: Estevant, á la cabeza de los suyos, romperá el fuego contra la compañía es-

pañola que da la guardia al castillo: Tello de Meneses, Antonio de Saldaña, nosotros y el capitan á nuestra cabeza, nos apoderaremos del palacio de la vireina, de su persona y del infame Vasconcelos. Seamos para él lo que él fue para nosotros, inflexibles. Al dar las siete y media, un pistoletazo por esta ventana será la señal: saldremos al instante, nos arrojaremos al enemigo, y perecerán cuantos opongan resistencia. Qué necesitamos para vencer? valor, hierro y plomo; sobre todo, no os asombren el tumulto de la ciudad, los gritos de las mugeres ni de los niños, el ruido de las tiendas que se cerrarán, ni os asuste una obstinada resistencia; y cuando veais la caballería por un lado, los cañones en las bocas calles, una lluvia de balas sobre vosotros, marchad impávidos contra esta tormenta pasagera, que nunca hace mucho daño á los valientes que no la temen.

Alm. Pinto, cuenta con nosotros.

Todos. Sí, con todos.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. EL CAPITAN FABRICIO.

Fab. Todos estan prontos; unos se pasean al rededor del castillo, otros vienen en litera para ocultar sus mosquetes, otros se esconden en los soportales con las armas debajo de las capas, y muchos nuevos, atraidos con el pretesto de desafios y contiendas particulares, abrazan ya la santa causa.

Pint. Y enfrente del cuartel de los castellanos?

Fab. Todo el mundo está atento, decidido, con los ojos fijos en el reloj de la plaza.

Pint. Ya va á dar. (*Enseñando el reloj.*) Vos mandareis, capitan, y nosotros pelearemos. Tú, Mendoza, á caballo, y en todos los barrios los gritos

convenidos. (*A Melo.*) Abre la ventana. Tomad vuestas armas, ya no faltan mas que dos minutos.

Men. Dos minutos! (*Corren á tomar las espadas, que estan en el cuarto inmediato.*)

ESCENA XIV.

PINTO.

Y estos minutos serán mortales á la tiranía de un siglo! La tiranía... desgraciado! Y si fundases otra nueva?... eh! otras manos la romperán. Asi va el mundo.

ESCENA XV.

ALMADA. ALVARO. MENDOZA. MELO. PINTO. SANTONELO. FABRICIO.

Alm. Toma, Alvaro; (*Armando á Alvaro.*) tú me darás las gracias.

Alv. Asi lo deseo.

Pint. O el Estado ó nuestras almas pasarán pronto á nuevo órden de cosas. (*Se sonrie.*)

Mel. Qué tienes?

Pint. Déjame. (*Da el reloj de la plaza.*) Esta es la hora. (*Todos tiran de las espadas, y Pinto dispara una pistola por la ventana; en el mismo instante se oye un gran ruido confuso en la calle.*) Ea, vamos! Solo los cobardes retroceden; los valientes saben morir ó vencer. Mueran los tiranos!

Todos. Mueran los tiranos!

Pint. Viva la libertad!

Todos. Viva la libertad! (*Vanse.*)

(*Se oyen muchas voces que repiten este grito desde adentro.*)

ACTO QUINTO.

La misma decoracion que en el segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

LA VIREINA. DOÑA LUISA. EL ARZOBISPO DE BRAGA. (*Comparsa de hombres y mugeres de palacio.*)

Vir. Dejadnos... gracias por vuestro celo... ah! estoy mas muerta que viva!... esos gritos...

Lui. Asi que he oido ese tumulto me he vestido corriendo, y he venido á recibir vuestras órdenes, pues me ha parecido que la gritería se encaminaba hácia palacio... pero no creais que solo sean gritos, pues se hacian un fuego bastante vivo. Yo misma lo he visto. Como que he tenido que pasar por medio del bullicio!

Vir. Cómo! se baten cerca del castillo?

Lui. Delante del fuerte.

Arz. Señora, nada temais; es una asonada insignificante, que terminará entre vuestras guardias y el populacho. Lo que siento es que hayan turbado vuestro sueño.

Vir. Quiero ir á ver por las ventanas de la otra habitacion.

Arz. Quedaos en esta, señora, quedaos en esta.

Vir. Dad las órdenes necesarias (*A un oficial de la guardia.*) en caso de nuevo ataque delante del cas-

tillo. Id, señora, escribid (*A doña Luisa.*) á Vasconcelos que venga al instante.

Lui. Voy allá... aqui está el almirante, que os enterará de todo.

ESCENA II.

LA VIREINA. EL ARZOBISPO. EL ALMIRANTE.

Vir. Ah señor almirante! os estaba esperando con la mayor impaciencia. Ya veis el tumulto que hay en la ciudad en nombre del duque de Braganza. Os mando me digais el motivo de vuestra presencia en el cuarto de su muger.

Almir. El tono severo de V. A. me prueba que subsisten sus sospechas.

Vir. Anoche estabais en su casa?

Almir. La hora que habia escogido me disculpa bastante. El interes que me condujo no es de tal naturaleza que me atreviese á hablaros de él en momentos tan funestos.

Vir. No habiais recibido una real órden para prender al duque?

Almir. Y esta madrugada la hubiera ejecutado, sino me hubiese hallado arrestado. Mi deber y mi honor no me permiten mostrarme resentido; y mi celo en defenderos será mi única justificacion.

Vir. Sabeis algunos pormenores de la rebelion?

Almir. La cosa es bastante séria: toda la ciudad está sublevada. El odio al rey de España es el pretesto, y por todas partes se oye gritar: *Viva el duque de Braganza.*

Arz. Algunos miserables cansados de vivir, ó pagados para amotinarse.

Almir. Ya han atacado una vez el castillo y las principales guardias de la plaza.

Vir. Dios mio!

Arz. No asusteis á S. A.: no la asusteis, por Dios! Lo que se ha de hacer es mandar á un alguacil con un látigo en la mano para dispersar esos grupos sediciosos: no se necesita mas.

Almir. Mucho dudo que eso fuese suficiente. El mismo duque entró en la ciudad al amanecer, pelea á la cabeza de los suyos, y su tropa, enardecida con su ejemplo y sus discursos, ya ha arrollado la guardia alemana.

Vir. La guardia alemana!

Arz. Imposible, imposible!... estareis mal enterado: no deis tal importancia á un motin.

Almir. Ese motin podrá llegar á ser una verdadera revolucion, sino se previenen las consecuencias.

Arz. Hombre! sino es mas que el pueblo!...

Almir. Por lo mismo.

Vir. Me acuerdo muy bien, señor arzobispo, que con la misma obstinacion os negabais á dar crédito á las tramas ambiciosas del duque: ved ahora pruebas evidentes.

Arz. Pues señor, me equivoqué, no hay duda; es un *rebelde mas*, y se le castigará.

Vir. Pero dónde está Vasconcelos?... qué hace que no viene?... gran Dios! qué partido tomaremos?

Arz. Hasta que no veamos al secretario, estémonos quietos: no hay nada que temer. Si hubiese algo que mereciera nuestra consideracion, ya nos hubiera mandado algun recado... él no se descuida... mil veces hemos hablado de ese duque de Braganza... pobre cabeza, que no entiende una palabra de política! Sabe él acaso lo que es equilibrio de poderes? Lo que dice Vasconcelos, no se les pierde de vista... una buena guarnicion en la ciudadela, dinero, el prestigio de la autoridad del rey... desengañémonos, si se meneasen se les haria añicos. Nada hay que responder á eso.

Almir. La confianza de V. A. podria en tan críticos momentos reparar la injusticia de sus sospechas. Deme V. A. el mando de sus guardias, y marcho contra los facciosos.

Vir. Con mucho gusto, almirante. El secretario de Estado no puede tardar, y os pondreis de acuerdo con él.

Arz. Todo se apaciguará, señora. Lo que yo temo es que ese ruido os haya dispertado demasiado temprano, y que eso altere la importantísima salud de V. A. Ah señora! no os espongais, por Dios, á una enfermedad que tanto afligiria á los fieles vasallos del rey mi señor.

ESCENA III.

LOS MISMOS. FRANCISCO.

Fran. Señora, calme V. A. su inquietud: una gran ventaja, obtenida sobre los rebeldes, restablecerá muy pronto en la ciudad la paz que osaron turbar.

Almir. Esplicaos.

Fran. Durante el combate, los alemanes que se habian dispersado se han vuelto á reunir á la voz de sus valientes oficiales, han atacado al príncipe y sus defensores, y los han rodeado por todas partes. Se ha suspendido el fuego, los gefes se han acercado unos á otros, y el duque tendrá que rendirse.

Vir. Podré creerlo?... qué recompensa no merece esa feliz noticia!

Almir. Pero si parece imposible.

Arz. Pues: no lo dije yo?

Almir. Se han hecho algunos prisioneros?

Fran. Se ha cogido con las armas en la mano á un hombre que peleaba como un leon á la cabeza de los amotinados. Si S. A. quiere que se le interrogue

en su presencia, acaso podrian hacerse descubrimientos interesantes.

Arz. Eso es dar demasiada importancia á esos canallas. Enviadlos á los tribunales... no le veais, que no es propio de vuestra dignidad.

Vir. No, no; yo quiero verle, interrogarle... subir á la fuente del mal.

Almir. Sí, nada debe despreciarse.

Vir. Que traigan á ese hombre. No sosegaré hasta haberle visto. (*Vase Francisco.*)

ESCENA IV.

LA VIREINA. EL ARZOBISPO. EL ALMIRANTE.

Almir. Por él sabremos quiénes son los agentes secretos de don Juan, y los principales autores de la rebelion.

Vir. Le amenazaremos con todo el rigor de las leyes sino confiesa, ó le prometeremos recompensas en el caso contrario, y todo lo descubrirá.

Almir. Aqui viene.

ESCENA V.

LOS MISMOS. FRANCISCO. PEDRO.

Fran. Acércate, y habla delante de S. A... ni una palabra se le ha podido sacar.

Arz. Cómo, malvado!...

Almir. Cómo te llamas?... quién te ha engañado?... no se trata de encogerse de hombros, sino de decir la verdad.

Arz. Habráse visto tal insolencia!... pues no se rie el gran bribon! ya te haria yo cantar como un canario.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DOÑA LUISA DE DOLMAR.

Lui. Ah, ah! el mudo de Pinto!

Vir. Es mudo?

Arz. Pues hemos quedado lucidos!

Vir. Ese hombre pertenece á Pinto... no hay duda... Ese Pinto, alma de don Juan, habrá maquinado la sedicion.

Lui. Pinto maquinar, señora! Anoche mismo estaba cantando conmigo, sin pensar en otra cosa.

Almir. Autorizadme, señora, para que pueda tomar medidas útiles: un pronto rigor disminuye el número de los culpables, alejando á los menos decididos: una severidad lenta é intempestiva aumenta la necesidad de castigar.

Arz. Júzguese á ese hombre, y si es culpable, castíguesele sin tardanza.

Almir. Sí: nada entibia el ardor de los facciosos, como los ejemplos saludables y un justo rigor. En circunstancias críticas, la lenidad es una debilidad imperdonable.

Vir. Venid, almirante: voy á firmar las órdenes... reunid las tropas, y corred vos mismo á acabar con los rebeldes.

Almir. Solo anhelo ocasiones en que poderos probar mi adhesion: venceré, ó pereceré con gloria.

Arz. Dios mio! tranquilizaos, señora; ya todo está apaciguado. Lo principal es que V. A. cuide de su impotantísima salud.

ESCENA VII.

DOÑA LUISA. PEDRO.

Lui. Pobrecito mudo! .. no quisiera yo que pagase por todos!... mas cómo librarle?... las puertas estan guardadas... amigo mio, no puedo ocultarte... sígueme... no... yo diré... qué? que se ha escapado, y obtendré su perdon... este armario... sí, métete ahí por ahora; luego ya será facil... alguien viene. (*Le hace ocultar en el armario.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LUISA. VASCONCELOS. (*Se oyen dentro muchos gritos.*)

Vas. Sí, gritad, asesinad! (*Apresurado.*) Qué me quereis? Despedazarme, devorarme! Qué veo?
Lui. Qué, os asusto?
Vas. Qué furiosos! Todavía se me figura que los veo!... me persiguen, me buscan, me amenazan, no solo á mí, sino á vosotros, á todos, hasta á la vireina...
Lui. La vireina!... Dios mio!... voy á avisarla.

ESCENA IX.

VASCONCELOS.

Esperad... no me escucha... todos me abandonan! (*Óyese mucho ruido y voces de viva la libertad.*) Qué voces son esas?... adónde huiré?... y estos papeles?... dónde ocultarlos?... con ellos basta para quemarme vivo!... pobre casa mia!... todo lo han roto, todo lo han echado por las ventanas, todo lo han quemado, y no sé lo que hubieran hecho de

mí si hubiese caido en sus manos. Las voces se acercan... (*Oyese gritar: muera Vasconcelos.*) Pobre de mí!... ya llegan... estos papeles... esos malditos papeles... echémoslos en ese armario. (*Abre el armario, sale Pedro, y le encierra en su lugar.*)

ESCENA X.

EL ARZOBISPO. ALMADA. MELO. MENDOZA. MUCHOS CONJURADOS.

Arz. Coged á ese hombre, (*Tropezando con Pedro, que se escapa.*) y me respondereis de él.

Conj. Viva la libertad! (*Salen por la otra puerta.*)

Arz. Qué sigifican esos gritos? qué quereis?

Alm. Salvar la patria, libertarla de un yugo insoportable.

Mel. El palacio de Vasconcelos está ardiendo: dónde se ocultará ese bribon?

Men. Ya hemos abierto las cárceles de Estado.

Alm. Y vuestras tropas, estan dispersas ó prisioneras.

Arz. Pero qué audacia! No veis que os perdeis miserablemente?

Alm. Si S. A. quiere evitar mayor derramamiento de sangre, no tiene mas que mandar al gobernador de la ciudadela que se rinda á discrecion.

Arz. No hay que pensarlo. Si habeis contado con la debilidad de su sexo, ya podeis renunciar á vuestras esperanzas.

Almada, *Mendoza* y *Melo.* Señor ilustrísimo!

Arz. Lo repito: no hay que pensar en ello. La ciudadela puede bombardear la ciudad y destruirla. No, no se cederá á un puñado de facciosos, que hoy mismo serán castigados severamente... yo mismo saldré... me mostraré al pueblo... le arengaré...

Fab. Guardaos bien de hacerlo en estos momentos de crísis... nosotros respetamos vuestra persona sagrada, pero bien sabeis que la muchedumbre...

Vrz. La muchedumbre!... y qué se atreverá á hacer?... mi dignidad...

Fab. Podria ser que echase vuestra dignidad por la ventana.

Arz. Habráse visto nunca cosa semejante! Qué ageno estaba yo de creer...

ESCENA XI.

DICHOS. LA DUQUESA DE BRAGANZA. (*Con escolta.*)

Pueblo y *soldados.* (*Dentro.*) Vivan los portugueses!

Arz. Vos aqui, señora?

Duquesa. El tumulto es general, el palacio ya está circundado de tropas... y temia por los dias de la vireina. Dónde está? quisiera hablarle.

Arz. Y será posible que la fortuna la abandone!... Pues si nos habian anunciado la capitulacion de vuestro esposo.

Duquesa. Él capitular! Ha sabido vencer y coronarse de gloria. Por todas partes se ven ya las pruebas de su clemencia, compañera inseparable del valor. Sin embargo, mucho temo no sea enteramente dueño del furor popular contra Vasconcelos, y este pudiera estenderse hasta la vireina. (*El arzobispo hace un movimiento de temor.*) Nada temais... he venido corriendo para protegerla y salvarla.

Pueblo. (*Dentro.*) Viva la patria!

Arz. Vamos todos, vamos, señora: esos gritos me espantan: sino podeis salvarla, yo seré vuestra primera víctima.

Todos. Aqui está el duque.

ESCENA XII.

El DUQUE *sale con la* VIREINA *por la mano en medio de aclamaciones generales.* PINTO. PUEBLO. SOLDADOS.

Duque. Ah señora! nada teneis que temer. Mis defensores se avergüenzan de haberse olvidado un instante del respeto debido á vuestra clase: os hallais con toda seguridad en medio de nosotros, y yo recomiendo vuestro infortunio al corazon bondadoso de la reina. (*Señala á la duquesa.*)

Vir. Ah! qué ejemplo de generosidad! qué conducta tan noble!

Duque. Valientes portugueses! quién de vosotros hubiera querido empañar el honor de este gran dia? El cielo, que nos favorece, no quiere que mi gloria y vuestra libertad sean el precio de inútiles violencias. Señor ilustrísimo, el arzobispo de Lisboa os brinda á tomar parte en las funciones de su ministerio.

Arz. Perdonad, señor, que me niegue á ello: mi deber me obliga á no separarme de la vireina: conozco vuestro carácter generoso, y nada recelo.

Pint. Con que, vaya, señor ilustrísimo, no os sorprende esta revolucion?

Arz. No mucho, no mucho. Ya tenia yo de ella ideas vagas... sí, en el fondo, ya lo estaba viendo.

Duquesa. Ah Pinto! ah señores! cuánto no os deben mi familia y el Estado! Nada temais de vuestros enemigos: nada pueden contra vuestras virtudes.

Duque. Y no pedis nada al nuevo gobierno?

Pint. Nada, señor; qué he hecho yo?

Duque. Todo.

Pint. Nada mas que mi deber.

Duque. Tal es el lenguaje del mérito; y ya que la modestia le oculta, la justicia debe buscarle... sé secre-

tario íntimo del rey de Portugal, su primer consejero, y su ministro mas querido.

Pint. Señor, solo me queda que preguntar á V. M. si engañaba mi celo al duque de Braganza, y pedirle dos cosas: la primera, que se digne dar la órden para que se busque á Vasconcelos, que han visto entrar aqui, y la segunda, que se me devuelva á Pedro, mi fiel criado.

Lui. A mí teneis que agradecerlo si le volveis á ver... (*Abre el armario; Vasconcelos sale azorado; todos retroceden.*) Alli le oculté.

Todos. Él es!

Fab. Dejadlo por mi cuenta.

Pint. Nada de asesinatos: no deshonremos este hermoso dia popular.

Duque. Hermoso dia con efecto: amigos, hermanos mios, compañeros de armas, este ejemplo saludable llenará de gloria á los guerreros que nos defienden, á los escritores que nos ilustran, y al pueblo que reclama leyes sabias, humanas y progresivas.

Todos. Viva la libertad!

FIN.

tario Infante del rey de Portugal, su primer consejero, y su ministro mas querido.

Pint. Señor, solo me queda que preguntar á V. Si al engañar mi celo al duque de Braganza, y pedirle dos cosas: la primera, que se digne dar la orden para que se busque á Vasconcelos, que han visto entrar aquí, y la segunda, que se me devuelva á Pedro, mi fiel criado.

Inf. Á mi tambien me agradaria si le volvieis á ver.

(Aparte al secretario: Marcenedo, sale acertado, todos reconocen.) Allí le veis.

Todos. El es!

Pint. Dejadlo por mi cuenta.

Pint. Ma. de nuestros no desdoremos este buen mozo dia popular.

Todos. Llenemos dia con alegría: amigos, hermanos amigos, compañeros de armas, esta ejemplo saludable llenará de gloria á dos generosos que nos defienden, á los escritores que nos instruyen, y al pueblo que reclama leyes sabias, humanas y progresivas.

Todos. Viva la libertad!

FIN.